

Circunstancia. Año X - N° 28 - Mayo 2012

Sumario

(Para navegar por la Revista, utilice el **MENÚ DE LA IZQUIERDA**)

SUMARIO / TABLE OF CONTENTS

VIAJES, REDES CULTURALES Y EXILIO DE INTELLECTUALES ESPAÑOLES EN DIARIOS Y REVISTAS ARGENTINAS (1910-1938)

Presentación

Ángeles Castro Montero
Coordinadora del número

Artículos

Un intelectual regresa a casa. Los viajes de Ramiro de Maeztu a España y sus crónicas periodísticas para La Prensa.

Ángeles Castro Montero

Reflexiones de Ramón Pérez de Ayala sobre la Gran Guerra (1916-1918)

Mercedes Monteiro Martins

Azorín desde París. Martín Fierro y otras cuestiones argentinas.

Verónica Zumárraga

Relaciones culturales hispanoargentinas en la década del veinte. Universitarios, intelectuales y maestros, un diálogo a través de revistas estudiantiles.

Luciana Carreño.

Reseñas y noticias bibliográficas

Germán Vera Esquivel: Introducción al Derecho Internacional del Medio Ambiente.

Por Soledad TorreCuadrada García-Lozano.

Travel, cultural circles and exile of Spanish intellectuals in newspapers and magazines in Argentina (1910-1938)

Artículos

An intellectual returns home. Ramiro Maeztu's trips to Spain and his newspaper reports to "La Prensa"

Ángeles Castro Montero

Ramón Pérez de Ayala's reflections on the Great War (1916-1918).

Mercedes Monteiro Martins

Azorin from Paris. Martin Fierro and other Argentinian issues.

Verónica Zumárraga

Spanish-Argentinian cultural relations in the twenties. Academics, intellectuals and masters, a dialogue through student magazines.

Luciana Carreño.

Imprimir

Circunstancia. Año X - N° 28 - Mayo 2012

Presentación

VIAJES, REDES CULTURALES Y EXILIO DE INTELLECTUALES ESPAÑOLES EN DIARIOS Y REVISTAS ARGENTINAS (1910-1938)

Este número de la revista **Circunstancia** surge gracias al primer encuentro que se realizó en Buenos Aires, en agosto de 2011, entre investigadores españoles y argentinos, procedentes de la Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón de Madrid y la Fundación Ortega y Gasset de Argentina, que participamos del proyecto de investigación "Intelectuales y científicos españoles en Argentina. De la Patriótica y la Institución Cultural Española al exilio (1900-1950)"^[1]. Este trabajo conjunto busca profundizar en las relaciones culturales y en la circulación de ideas que vincularon a ambas orillas del Atlántico durante la primera mitad del siglo XX. Pero muy especialmente, gracias al ofrecimiento de Antonio López Vega, nace este ejemplar monográfico para exponer algunos de los trabajos realizados por el equipo que está estudiando la difusión y la recepción del pensamiento español en la Argentina.

En el año 2007, con sede en la Fundación Ortega de Buenos Aires, a partir de los estudios de las presencias periodísticas de Ramiro de Maeztu, desde 1905 y de Azorín, en 1916, en el diario La Prensa de Buenos Aires, se formó este grupo interdisciplinario con enfoques desde la historia, la literatura, las relaciones internacionales y la ciencia política. Nuestros propósitos son la organización de un archivo digitalizado que intenta reunir las dispersas y cuantiosas colaboraciones de intelectuales españoles en los diarios y revistas argentinas más relevantes de la primera mitad del siglo XX y la investigación de ese material, cuyo contenido no ha sido indagado en toda su dimensión.

Los trabajos que aquí se presentan, tratando de mantener el orden cronológico de su aparición, tienen dos ejes transversales: la investigación en diarios y revistas argentinos y el tema del viaje. De esta manera, se abordan en este número las transferencias culturales de los intelectuales españoles originadas, en mayor o menor medida, a partir de diferentes tipos de viajes que efectuaron y volcaron en La Prensa y en revistas estudiantiles de ambos países. Estos desplazamientos fueron motivados por invitaciones académicas y por razones personales, en el caso de Maeztu; por encargo a Pérez de Ayala como cronista de guerra; por el exilio de Azorín en París y también por las visitas científicas a cargo de un grupo de profesores y estudiantes universitarios argentinos y españoles, a las que se puede añadir, como un desplazamiento de otra naturaleza, los intercambios de objetos culturales –libros y colaboraciones en revistas- que constituyen los importantes hilos de esa red intelectual que se estaba tejiendo.

De los innumerables artículos que Ramiro de Maeztu publicó en La Prensa, el artículo de Ángeles Castro Montero recorta sus dos viajes de regreso a España, luego de prolongadas estancias en Inglaterra y en otras ciudades europeas. En estas crónicas se trata de distinguir y analizar los elementos comunes que los recorren. El trabajo apunta a señalar la manera en que Maeztu encarnaba a un tipo de periodista que superaba la función informativa de un periódico y que prefería ejercer un papel magisterial: provocar reflexiones, elaborar un corpus ideológico original y motivar consecuentes cursos de acción política para un mundo nuevo, nacido de la posguerra europea. Sin embargo, aquí se trata de revelar cómo un núcleo importante de sus ideas liberales y regeneracionistas sobrevivían y coexistían con sus recientes producciones teóricas, más proclives a la intervención del Estado, entre otras cuestiones.

Mercedes Monteiro estudia las colaboraciones de Ramón Pérez de Ayala en La Prensa de Buenos Aires, a partir de su experiencia como corresponsal de la Primera Guerra Mundial en el frente italiano. En esas entregas, este trabajo analiza los conceptos políticos que elaboró el autor asturiano, regidos por su gran admiración por el mundo clásico y por el británico en el siglo XX. En esas definiciones, Ayala buscaba no sólo una interpretación del conflicto bélico sino que también asoman, de manera implícita, propuestas sobre cómo concebir la sociedad y la articulación entre el bien privado y el bien público, ideas que lo acercaban a cuestiones que también interesaban a Maeztu, con quien compartía páginas en el mismo diario argentino.

Verónica Zumárraga presenta en este artículo un estudio sobre un conjunto de artículos que escribió Azorín en París, entre 1937 y 1938 para el diario La Prensa. En ellos, en su primera exploración sobre asuntos argentinos, el corresponsal emprendía un viaje imaginario hacia la pampa argentina y llevaba a la capital de Francia a Martín Fierro de José Hernández, un personaje arquetípico de la literatura gauchesca del siglo XIX, transformado por la pluma de Azorín en un viajero mundano. Este trabajo revela que la elección de este tema es la excusa ficcional de Azorín para reflexionar sobre los conceptos de lo clásico, lo aristocrático y lo popular, para establecer comparaciones entre esta obra literaria argentina y el Quijote y para aventurar osadas escalas de valores poéticos. Asimismo, es un claro ejemplo de cómo un texto literario se convierte en objeto de transferencia cultural, de reinterpretación semántica según el contexto de recepción y los debates de ese momento.

Luciana Carreño se dedica a profundizar un campo poco estudiado, el de las relaciones culturales entre las juventudes universitarias argentinas, protagonistas de la Reforma Universitaria de 1918 y las españolas, bajo la dictadura de Primo de Rivera. Este estudio se centra en los puentes que trazaron ambos grupos a partir de dos revistas estudiantiles, la argentina Sagitario y El Estudiante, nacida en Salamanca y luego con sede editorial en Madrid. El intercambio de colaboraciones y los viajes académicos, tanto de españoles como de argentinos, fueron los canales por donde circularon las ideas que Carreño detecta y analiza: los núcleos temáticos que propiciaban

solidaridades, una identidad generacional compartida entre ambos grupos y una renovación en clave progresista de la imagen de España en ese comprometido y activo sector de la juventud universitaria argentina.

Estos trabajos son sólo una muestra del enorme campo existente de las relaciones culturales entre España y Argentina, llevadas a cabo por intelectuales españoles a través de algunas publicaciones argentinas, unas de renombre y otras menos conocidas. Esperamos que también constituyan una invitación a nuevos investigadores a realizar más estudios que, desde la perspectiva española, completen y enriquezcan los puntos de vista que se trabajan desde la Argentina. El equipo de investigación binacional, constituido en el año 2011, está en pos de ello y deseamos que emprendimientos de esta naturaleza continúen en el futuro.

Ángeles Castro Montero
Coordinadora del Número.

[1] Proyecto binacional bajo la dirección de Juan Pablo Fusi y financiado por la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología de España.

Imprimir

Circunstancia. Año X - N° 28 - Mayo 2012

Artículos

Para consultar un artículo, selecciónalo en el **menú de la derecha**.

- Un intelectual regresa a casa. Los viajes de Ramiro de Maeztu a España y sus crónicas periodísticas para "La Prensa".
Ángeles Castro Montero.
- Reflexiones de Ramón Pérez de Ayala sobre la Gran Guerra (1916-1918)
Mercedes Monteiro Martins.
- Azorín desde París. Martín Fierro y otras cuestiones argentinas.
Verónica Zumárraga.
- Relaciones culturales hispanoargentinas en la década del veinte. Universitarios, intelectuales y maestros, un diálogo a través de revistas estudiantiles.
Luciana Carreño.

Imprimir

UN INTELLECTUAL REGRESA A CASA. LOS VIAJES DE RAMIRO DE MAEZTU A ESPAÑA Y SUS CRÓNICAS PERIODÍSTICAS PARA LA PRENSA.

Ángeles Castro Montero

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#) / [Fechas](#)

- **El regreso consagratorio de 1910 en la sociabilidad académica**
- **El segundo viaje a España de 1919. Regreso con ilusión y pronto desencanto**
- **Conclusiones**
- **Bibliografía**
- **Notas.**

A propósito de Victoria Ocampo, Sylvia Molloy (2010) sostiene que hay vidas que llevan el viaje en la sangre y que están pautadas por los desplazamientos entre lugares^[1]. Esta afirmación cabe apropiadamente para el caso de Ramiro de Maeztu quien, hasta sus cuarenta y cinco años de edad, en 1919, cuando regresó desde Inglaterra por una estancia de casi un año a España, había realizado una considerable cantidad de viajes por diferentes paisajes, idiomas y culturas desde su Vitoria natal: La Habana, Nueva York, París, Bilbao, Madrid, Londres, La Haya, Kiel, Berlín, Marburgo, las líneas de trincheras británicas en Bélgica y en Francia durante la recientemente finalizada Gran Guerra. Cada uno de estos viajes respondió a diversas disposiciones anímicas y búsquedas en las que predominó el móvil de encontrar su sostén económico y que Maeztu combinó con un afán de aprendizaje de las ideas rectoras de esas sociedades y de sus expresiones artísticas.

El viaje a Gran Bretaña ocupa una centralidad decisiva en su vida: fueron catorce años sin interrupción en los que Maeztu fijó su residencia en Londres en 1905 y desde allí inició su vínculo periodístico con la Argentina a través de sus colaboraciones frecuentes con La Prensa de Buenos Aires, la empresa periodística argentina más importante del país a principios del siglo XX. Estas corresponsalías de Maeztu constituyen una fuente para reconstruir sus movimientos y sus permanencias, tanto en el espacio como en el terreno de las ideas, reconstrucción biográfica imperfecta porque el diario suprimía en algunas ocasiones el lugar y la fecha de la colaboración del periodista español y porque las colecciones de este periódico se encuentran incompletas en muchas hemerotecas públicas de la Argentina. Sin embargo, Maeztu -periodista, intelectual, embajador- fue un viajero por antonomasia y continuó siéndolo en los primeros años de la década de 1920, según lo que publicaba La Prensa: retornos a Londres durante los veranos de los años siguientes, Ginebra, Gotemburgo, Nápoles y París se cuentan entre los destinos que visitó con estadías variables entre 1920 y 1924^[2].

Los viajes de Maeztu y su inmediata transformación en crónica periodística conforman un núcleo central de su obra para la Argentina. Cumplen varias funciones, no sólo informativa, sino con particular énfasis, la de suscitar una reflexión cuyo propósito es transferir fragmentos de modernidad europea al lejano país de destino para orientarlo hacia un rumbo de progreso, no sólo material, sino también de índole ético. Tampoco es perceptible en esos artículos sobre sus viajes la intención de entretener a su público ni la motivación del descanso personal: el trabajo de observar y de analizar la realidad desde un enfoque socio-económico, político y cultural siempre se imponía.

Ahora bien, Maeztu eligió convertir sus regresos a España desde Londres, en 1910 y en 1919, en material periodístico para comunicarse con sus lectores argentinos y con los españoles inmigrantes residentes en el país. Cada uno de estos viajes, de diferente duración, representan el retorno desde Europa y, en particular, desde la sociedad anglosajona, idealizada como superior a la española que se dejó al partir. Constituyen una vuelta hacia lo familiar, entre finales de 1910 y comienzos de 1911 y desde el verano de 1919 al de 1920, que se materializó en visitas a Bilbao, Madrid y Barcelona, ciudades donde Maeztu había comenzado a establecerse como una firma de renombre a comienzos del siglo XX.

En ambos regresos, con la carga de imágenes de esa España del momento de su partida y de lo foráneo que Maeztu llevaba consigo, luego de varios años de ausencia, se dirigió a su público con una expresión semejante: mirar "con ojos nuevos", "ojos de Europa", "ojos absortos en la contemplación del drama universal", en alusión a la Primera Guerra, para advertir de su transformación personal, pero también de la mutación del objeto de sus observaciones. Es así que en estas crónicas sobresale un concepto de cambio, término que empleó para titular un conjunto de artículos de 1919: "Los cambios de España".

En este trabajo, nos interesa explorar en esas miradas, denominadas europeas por Maeztu, las manifestaciones de lo que había variado, las complacencias con lo que observaba y los reclamos que efectuó a sujetos y realidades españolas. El punto de vista europeo se encuentra fuertemente asociado a su idea de modernidad y a su expectativa de la misión que debía desempeñar el intelectual, dos ejes que se examinarán en forma particular y que atraviesan estas corresponsalías seleccionadas. Simultáneamente, se indagará tanto en la imagen de España que en cada viaje Maeztu diseñó como resultado de esas miradas, de acuerdo con sus preferencias ideológicas y sus experiencias, como en el tono emocional que eligió para dirigirse a un público particular, a sus lectores del otro lado del Atlántico, compatriotas, pero sobre todo a argentinos que evocaban a París con

devoción y con desdén a las ciudades de la península.

El regreso consagratorio de 1910 en la sociabilidad académica.

En la primera entrega para el diario argentino, Maeztu irrumpió con un polémico artículo titulado “España-‘El Quijote’. Apoteosis de nuestra decadencia”, en donde los ecos de las protestas noventayochistas resonaban con fuerza; cuestionaba amargamente la figura del Quijote, ante la corriente laudatoria que se proponía celebrar el III Centenario de la publicación de esta obra de Cervantes:

“Y nosotros españoles, vamos a conmemorar fiestas encomiásticas el centenario de la publicación del libro que más acerbamente ha combatido el ideal caballeresco, y pretendemos que a esas fiestas concurren los países hispanoamericanos? ¡Ese libro que sólo debieran leer los decadentes y los viejos para consuelo de sus amarguras, vamos a convertirlo en fuente de doctrina y en catecismo de los niños!”^[3].

Se trataba de una imagen más del pesimismo finisecular que contribuía a la construcción de ese monumento al negativismo y a la desesperanza que forma buena parte del pensamiento español contemporáneo, según el reciente ensayo de Núñez Florencio (2010)^[4]. Sin embargo, Maeztu, abstrayéndose del potencial lector español, se dedicó a insertarse y a estudiar la sociedad británica, interés que se reflejó en los temas de los artículos que escribió durante los primeros años de su trabajo para La Prensa.

A partir de 1907 se perciben algunas modificaciones en sus inquietudes, pues ventiló algunas polémicas con Unamuno mediante la reproducción de cartas y de las discusiones publicadas en los periódicos españoles: “permítid al corresponsal que trasplante a Buenos Aires el campo de esta batalla en que, afortunadamente no habrá sangre”^[5]. Son también los años de su entrada entusiasta en la órbita del pensamiento de Ortega y Gasset y su promoción a lo largo de diferentes artículos. Pero al finalizar la primera década del siglo XX, los problemas políticos y sociales de España fueron objeto de su atención y es perceptible que con este tipo de notas le importaba progresivamente integrar al emigrante a la esfera de sus lectores: una entrevista a Alejandro Lerroux en su paso por la capital británica tras haber visitado Buenos Aires, el centenario 1808-1908, la guerra de Marruecos y la Semana Trágica de Barcelona se cuentan entre algunos de los temas que abordó desde Londres. A partir de pocos trazos, la imagen de España que resultaba de las corresponsalías de Maeztu de estos años, entre 1905 y 1910, respondía a la de una sociedad atravesada, desde hacía ya largo tiempo, por conflictos sociales y políticos, carente de una elite dirigente apropiada para ofrecer un programa conductor hacia el despegue modernizador. Ésta era precisamente la tarea que se asignaba a sí mismo como intelectual comprometido en la transformación de la realidad a través del poder de la opinión desde su oficio de periodista, un intérprete crítico que pensaba el acontecimiento y que poseía grandes ambiciones: dialogar con los representantes más destacados de la cultura inglesa, española y alemana con la intención de obtener reconocimiento y posicionarse en la primera línea de los intelectuales peninsulares constituyéndose en una voz legitimada.

En noviembre de 1910 hasta enero de 1911, Maeztu regresó a España después de casi seis años de ausencia, como lo recordó en sus columnas de Buenos Aires y escribió tres artículos desde allí sobre temas locales para “los españoles de la Argentina y para los argentinos hispanófilos”, en un recorte bien claro sobre a quiénes estaban dirigidos estos textos. Maeztu realizó una crónica periodística, pero destacaba claramente que su regreso era en calidad de intelectual. Se trataba de un viaje de celebración de sus cualidades, pues era requerido para dar conferencias en ámbitos destacados de la sociabilidad letrada española de ese momento: “La libertad y sus enemigos” en la Sociedad El Sitio de Bilbao, “La revolución y los intelectuales” en el Ateneo de Madrid y otra sobre el “Socialismo administrativo” en el Ateneo Enciclopédico Popular de Barcelona.

“Un viaje a España. La transformación de Bilbao...”^[6] es una parte del extenso título del primer artículo donde se destaca su intención de registrar el cambio como uno de los principales temas de esta crónica. Pero antes de entrar a desarrollar en qué consistió lo nuevo, lo diferente con respecto a su partida, es importante resaltar el lugar que ocupa Maeztu en esta narración. La primera persona está de relieve, él quería ver con sus propios ojos lo que no le contaban los diarios ni las cartas de los amigos: la autenticación de la transformación se encontraba en su propia visión, en su propia experiencia. Esa legitimidad estaba avalada también por el tiempo transcurrido en el exterior que “dan al espíritu el suficiente alejamiento” para ver comparativamente los fenómenos característicos de España y lo común que tenía con otros países. La propuesta era doble: ofrecer una visión de España “con ojos nuevos” que “ya son o debieran ser ojos de Europa” y una pretensión de objetividad porque prometía, sin poder cumplir, reservarse sus opiniones. En esta línea, el punto de vista europeo significaba para Maeztu un triple distanciamiento: geográfico, temporal como también una asepsia en la observación, es decir, una mirada científica como él mismo pretendía sostener. Maeztu identificó Europa con la ciencia, una afirmación contundente, en una clara sintonía y deuda ideológica con Ortega^[7]. El enfoque científico, suponía estar provisto de experiencias para realizar comparaciones y también de teorías políticas, clásicas y modernas, absorbidas y meditadas en el extranjero.

Es un relato donde no asoma el paisaje, solamente la descripción de lo urbano, de los palacetes como expresión de la riqueza alcanzada por los industriales de Bilbao. A Maeztu la pujanza económica no lo sorprendía porque ya se había despertado con anterioridad, sino que la actividad política fue el cambio más llamativo que notó en su región de origen: “No hay apenas pueblo de Vizcaya donde no se celebren frecuentes mítins [sic] políticos”^[8], en donde observaba el avance de los partidos de izquierda. En el contrapunto entre los recuerdos del pasado y la observación del presente, el tono es de la agradable sorpresa al ver signos de modernización política y formas de sociabilidad política arraigadas en los hábitos británicos. Maeztu quería explicar esa transformación y el retroceso de la oligarquía bilbaína, abordando la cuestión desde la perspectiva histórica, la de su experiencia como observador de la oligarquía inglesa y la procedente de los clásicos de la teoría política, donde Platón y Aristóteles eran los referentes: “Todos los pueblos atraviesan en algún momento de su historia un régimen de oligarquía”. Al hablar de las oligarquías bilbaínas, estaba aludiendo también colateralmente a las

argentinas y a las causas de su decadencia. El ideal único de hacer riqueza, propuesto e iniciado por aquéllas, se había alcanzado, pero estaba agotado; las clases medias habían dejado de seguirles en las elecciones políticas "y prestaron su apoyo a los partidos radicales". En el reemplazo del nuevo ideal, los intelectuales eran los artífices que trabajaban por la transformación política y, gracias a la prensa y a los viajes, se hacían posibles las transferencias y los préstamos ideológicos. Según Maeztu, España no podía quedar por mucho más tiempo aislada de las corrientes de modernización que vivía Europa.

Hubo un doble reclamo de Maeztu en este viaje hacia las generaciones políticas y hacia cierto tipo de intelectual. Por su anquilosamiento, su extravío en la lucha política estéril y su pobreza en la oferta de soluciones concretas a problemas tangibles, Maeztu consideraba pasado a los líderes de la política partidaria que todavía eran visibles en las instituciones de gobierno. Su esperanza se fundaba en una nueva generación con una formación y un método científico que creía que estaba asomando, pero que aún no había alcanzado su madurez ni los lugares decisivos del poder político^[9]. Nuevamente su crítica remitía a la ausencia de ciencia en España. Es en este punto donde se cruzan las cuestiones del cambio, la misión del intelectual y la europeización a partir de una reflexión sobre la salud desfalleciente de Joaquín Costa, a principios de 1911, cuyas ideas, según Maeztu "empezaban a hacerse carne en la juventud intelectual"^[10]. Maeztu insistía en el concepto del intelectual en este viaje, tema, como ya se ha mencionado, de una de sus conferencias en Madrid. Ensayaba una clasificación binaria entre los que pensaban el problema de España, "el deber primario de todo español que se llame intelectual" y los que no, por tanto no calificaban como tales. Si bien reconocía a Costa el papel de precursor, de profeta, e inclusive vislumbraba una proyección hispanoamericana de su obra- de la que el propio Maeztu se estaba transformando en su propulsor- Costa también era pasado al calificarlo como figura romántica, adjetivo que implicaba que el aragonés representaba una postura superada. Sin embargo, a pesar de las críticas, como sostiene Javier Varela (1997), Ramiro de Maeztu siempre mostró una gran devoción por la figura de Costa^[11]. El aragonés no tuvo una verdadera mirada de Europa, fueron solo clamores. Maeztu consideraba que él sí aportaba una auténtica visión de lo europeo, legitimada porque él vivía en Londres y estaba al corriente de la ciencia, como podían dar testimonio el centenar de artículos publicados en La Prensa acerca de la producción intelectual y artística de las sociedades europeas que él interpretaba y transfería a su público.

Maeztu difundía en la Argentina, antes de este retorno de 1910, una imagen crítica y severa de España, en un tono de desaprobación e irritación. En este viaje, a partir del contacto directo con la realidad española, podemos advertir algunas señales de esperanza en el cambio modernizador, provocadas por la aparición de nuevas formas de práctica política en los partidos de izquierda en Bilbao y, muy particularmente, su entusiasmo se depositaba en que notaba un despertar de una nueva juventud intelectual y científica, en línea con los proyectos en los que bregaba junto a Ortega en esos años.

El segundo viaje a España de 1919. Regreso con ilusión y pronto desencanto.

El segundo viaje de Maeztu a España presenta notas propias y algunos rasgos comunes con el viaje anterior. Entre lo distintivo resalta, en primer lugar, el número de artículos que dedicó a analizar "los cambios de España", como tituló la mayoría de estos, aparecidos entre fines de septiembre de 1919 y abril del año siguiente, según el registro que se ha podido obtener de su producción periodística en La Prensa. A lo largo de dieciséis notas, en donde las descripciones ocupan un papel preponderante -rasgo característico de los relatos de viajes^[12](Carrizo Rueda:2008)- Maeztu pudo desarrollar con muchos detalles sus impresiones, reflexiones, críticas y propuestas para la situación española, a diferencia del primer viaje en el que sólo escribió tres artículos. Sin embargo, en esta ocasión no reveló a su público los motivos de este regreso.

En las primeras correspondencias, Maeztu mostraba a sus lectores de qué manera España era un "pueblo en marcha", hacia el progreso. Habló con satisfacción a los argentinos de los cambios positivos que observaba y aproximaba la realidad española desde la identificación con el emigrante español: ambos habían dejado España, puesto distancia geográfica y temporal y, el retorno del corresponsal, sus vivencias experimentadas representaban esa sensación de "cómo sí" el lector viajara también de regreso. Contribuía a esto que en esta serie de artículos Maeztu se permitió expresar más libremente sus emociones que en el primer viaje, donde la impronta racional se nota con mayor fuerza.

Maeztu retornaba a España con las experiencias de la honda y trágica visión directa de la Primera Guerra -tres viajes de encargo, en 1916, 1917 y 1918, como corresponsal para el diario argentino- y con un bagaje teórico de revisión y crítica a los principios de la libertad y la autoridad, presentados a sus lectores en una serie de entregas a finales de 1915 y principios de 1916. Allí Maeztu oponía a las nociones ilustradas de derechos individuales, subjetivos, el derecho objetivo y el concepto de función, una versión inspirada en el jurista León Duguit. Maeztu comenzó a perfilar un Estado en donde los deberes y las funciones de cada hombre prevalecieron sobre los derechos individuales: primero se imponía la obligación de cumplir una función útil para el conjunto de la sociedad, antes que el reclamo subjetivo. El derecho de ciudadanía era, entonces, funcional e instrumental^[13].

Maeztu informaba a sus lectores que ocupaba parte de ese verano de 1919 en Bilbao "en preparar un libro para una casa editorial nueva"^[14], como era habitual en sus crónicas, prevalecía la motivación laboral sobre la del ocio. Esa obra sería La crisis del humanismo. Los principios de autoridad, libertad y función a la luz de la guerra. (Una crítica de la autoridad y de la libertad como fundamentos del Estado moderno y un intento de basar las sociedades en el principio de función^[15]). Sin embargo, a pesar de que efectivamente se trataba de una mirada con "ojos nuevos", como reanunció este acercamiento a la realidad española, es posible detectar, en un primer nivel de observación de sus impresiones, que no se encuentran fuertemente impregnadas de esta nueva perspectiva, sólo algunos elementos de este prisma ideológico de Maeztu se filtraron para analizar la situación, especialmente referidos a una mayor intervención estatal en la conducción de la economía y una condena al espíritu de lucro individual desenfrenado; esta última no era una propuesta completamente novedosa porque venía desarrollándose desde los primeros tiempos de su presencia en La Prensa, con reprobaciones a los gastos suntuarios y a la exhibición ostentosa de la riqueza por parte de las élites británicas y argentinas^[16].

La tamización de la experiencia bélica y la lejanía le permitían exteriorizar, nuevamente como en el primer viaje,

esa voluntad de imparcialidad, de colocarse por encima de las pasiones políticas y también con una apelación al olvido, porque, en un ejercicio de distanciamiento y de acentuación de la ecuanimidad, se refería a que sus ojos ya se "han olvidado hasta de las ventanas desde donde contemplan a España las derechas y las izquierdas, los regionalistas y los centralistas, los ricos y los pobres"[\[17\]](#).

"No vine a España en busca de novedades, sino en la de cosas y de amigos antiguos y queridos. Pero las novedades se me imponen"[\[18\]](#). En estas primeras crónicas, para fijar la idea de que se había operado una verdadera transformación, Maeztu repetía el adjetivo nuevo con el que enumeraba varios objetos visibles del "progreso económico": calles, ensanches, barrios, editoriales, periódicos, fábricas, hoteles, vinos, bancos y varias enunciaciones más de novedades, inclusive el tipo físico de las mujeres de su tierra se había embellecido, como producto de la prosperidad. La naturaleza le atraía en la medida en que había sido modificada gracias a la tecnificación aplicada al agro y a las comunicaciones: imágenes de campos cultivados con maquinaria moderna, montañas horadadas para dar paso a trenes eléctricos eran celebradas por su pluma. En estos relatos prevalece otra vez la descripción del adelanto urbano, en particular el de Madrid, convertida en un centro de los negocios que florecieron en España durante la guerra[\[19\]](#). La capital, con su carácter afable, era "uno de los pueblos más agradables de la tierra", opinión que contrastaba con su antiguo disgusto con la ciudad y su gente a la que había calificado de "pueblo de golfos y de bohemios"[\[20\]](#) o de "gente compleja, envidiosa y maleante"[\[21\]](#), expresiones publicadas en revistas y periódicos españoles antes de su partida, rumbo a Londres.

Sin ninguna referencia al primer regreso como una figura de renombre en el panorama intelectual español, su punto de comparación era el momento de su partida y la crisis del 98. Es posible apreciar en los artículos de su arribo reciente, un gesto de alegre entusiasmo ante la realidad que observaba, en particular cuando regresó a Vitoria, su tierra natal, luego de veinte años de ausencia. Las claves interpretativas que Maeztu empleó están más arraigadas en sus posturas noventayochistas que en la tenaz desconfianza de los principios liberales, de cuño más reciente. Veía un cambio de actitud: industriales y agricultores habían mutado del escepticismo al emprendimiento individual que, en una línea argumental muy acorde con el liberalismo clásico de Smith, gracias al esfuerzo particular había resultado un florecimiento económico[\[22\]](#). Asimismo, explicaba que ese crecimiento se debía a la coyuntura favorable que vivió España como país proveedor de materias primas a los beligerantes a precios extraordinarios y la consecuente aparición de una industrialización por sustitución de importaciones, ante la crisis del comercio internacional. Sin embargo, Maeztu creía ver que en España se habían realizado durante su ausencia aquellos proyectos de riqueza de la generación del 98 de la que se sentía parte, como si se hubiera tratado de un programa colectivo y articulado: "Pero ya sé con intuitiva certidumbre que se están realizando aquellos sueños nuestros de 1898 isueños de poderío nacidos al agujón de la impotencia!"[\[23\]](#). Anhelaba ver traducidos en obras sus propios planes de desarrollo económico que distaban de las posturas de Unamuno, con quien ya había polemizado en 1907 sobre la misión del intelectual. Maeztu insistió en esa oportunidad en el poder de las ideas para modelar las realidades como en el deber de los que empuñaban la pluma para contribuir a la creación de la prosperidad y de la moralidad: "los escritores debemos preocuparnos en fomentar la riqueza pública"[\[24\]](#). Doce años más tarde, Maeztu daba a entender a sus lectores que él era uno de los que había contribuido a esa "labor espiritual de los intelectuales que prepararon el terreno"[\[25\]](#). No obstante, esa predilección por encontrar cambios, llevaba el germen de la decepción que no tardó en aparecer y que se proyectó sobre dos objetos clásicos de sus condenas: los intelectuales y los políticos españoles.

Si mencionaba en sus crónicas que volvía para reencontrarse con viejos y queridos amigos, Maeztu dejó traslucir antiguos enconos con algunos escritores representativos del fin de siglo. A propósito de una exposición de pinturas de Juan Echevarría en Bilbao, el vitoriano hizo un retrato elogioso de la obra y de la trascendencia de Ramón Valle Inclán, en contraste con un ajuste de cuentas despiadado y burlón con Pío Baroja: "su espíritu está demasiado lleno de sí mismo para asomarse al mundo sin recelos". Al autor de Zalacaín echaba en cara su germanofilia durante la guerra, su aislamiento, su visión del mundo como una realidad desagradable y su desconocimiento de Inglaterra: "la causa de ello es probablemente que durante su estancia en Londres había tenido ocasión de conocer a algún espiritista y a algún vegetariano"[\[26\]](#), ridiculizaba Maeztu. El regreso también reavivaba las desavenencias y Maeztu se encargaba de trasladarlas al mercado editorial argentino donde podían aumentar o disminuir el número de los potenciales lectores de estos escritores españoles. No le fue posible, en efecto, mantenerse al margen de sus pasiones, como se había propuesto en un principio.

El reproche no fue sólo personalizado sino muy duro hacia los intelectuales españoles en general; una línea que en este viaje, como se puede observar, adquiriría mayor profundidad y aspereza. En esta ocasión extendía una desconfianza hacia la capacidad de transformación de la palabra autorizada por el saber. En una revisión personal de su creencia juvenil, Maeztu hacía una nueva escala de valores, el acento lo ponía en el sentimiento y luego en la razón:

"No creo que las ideas muevan a las gentes. Las gentes se dejan convencer por las ideas, pero las convicciones no mueven los músculos. No hay más motor que el sentimiento. Una vez despertado el sentimiento, la palabra y la pluma son capaces de mantenerlo vigoroso"[\[27\]](#).

Continuaba con las clasificaciones y las definiciones de intelectuales, en una sociedad que no apreciaba el ejercicio del pensamiento y la vida consagrada a esa tarea; intelectual era aquel que entregaba su vida al hábito de "mirar las cosas limpiamente, de verlas como son y no como quisiéramos que fueran"[\[28\]](#). Maeztu, en esa posición externa en la que se ubicaba, comparaba con la experiencia europea donde todo se sometía a debate. En una de sus críticas más duras, sostenía que no había verdadero pensamiento original, una creación de ideas españolas adecuadas a los problemas nacionales; observaba solamente una aclimatación de las diferentes corrientes ideológicas extranjeras y, que, cada una de ellas, podía exhibir su mártir local. De esta manera, sin diálogo, sin explicaciones provisorias, ni refutación ni curiosidad, resultaban credos que rápidamente se transformaban en odios[\[29\]](#). Ni siquiera el anarquismo español, en su versión catalana, había dado una figura relevante ni nadie que elaborara una teoría sobre la cuestión social: los intelectuales locales no sabían cómo son ni cómo pensaban las masas populares[\[30\]](#).

Otro de los síntomas de su desilusión fue la falta de interés que despertaba en los españoles su experiencia en los campos de batalla: "¿en qué consiste que ni un conocido de cada ciento me pregunta cosa alguna referente a la guerra?"[31]. El entusiasmo de la llegada se diluía también porque esa realidad no se manifestaba tanto como pretendía ver y mostraba sus fragilidades. Los signos de adelanto económico eran débiles y provisorios mientras contemplaba la pulverización de los partidos políticos, la corrupción administrativa, el déficit del presupuesto ante un sistema tributario deficiente, muy alejado del británico al que él mismo había contribuido. No había programas ni profesionales de la gestión de lo público, quienes únicamente agitaban ante los votantes un anhelo de transformación inmediata de los problemas nacionales: "Los cambios no podrán ser definitivos en España mientras no se resuelva la crisis política"[32]. Debía admitir en esta ocasión que su conocimiento de la vida partidaria británica no le servía para ofrecer una solución al conflicto político local[33]. Pero Maeztu iba más allá y en esto tendía un manto de piedad sobre los políticos, la raíz del problema estaba en el desinterés de la sociedad por la cosa pública, volcada a sus asuntos particulares, a la especulación improductiva y solamente sirviéndose del Estado para su propio beneficio[34]. Maeztu advertía sobre la mutua interdependencia de la actuación del bien público y el privado: si se descuidaba lo público se perdía lo privado, ideas que tenían una fuerte impronta del liberalismo de Constant y Tocqueville, sin mencionarlos[35]. Ante la apatía de la ciudadanía, la oportunidad de cambio creía que vendría de la presión de las clases obreras que sí estaban organizadas e impulsadas por la "milagrería internacional", en referencia a la revolución bolchevique. Su estancia en Barcelona le ofreció la oportunidad de contemplar esa amenaza[36].

Así, la inestable situación social de Cataluña con alta inflación, huelgas, desabastecimiento y lock-out patronal, fue otro elemento que empañaba más su ánimo. En el invierno de 1920, ya instalado en la ciudad condal, no quedaban vestigios de la sorpresa y el entusiasmo inicial. Revelaba a sus lectores que paulatinamente iba adquiriendo elementos de juicio para entender el fondo de la cuestión social catalana y apelaba a la observación y a su propio "cernido" de ideas[37]. Maeztu comparó reiteradamente en estos artículos las agitaciones de España con las de la Europa de posguerra y juzgaba que el caso español no era excepcional, se trataba de un fenómeno universal. Sus experiencias recientes en Alemania y en Gran Bretaña daban fe de este conocimiento directo de la realidad. Le hablaba a los argentinos que, inclusive, en enero de 1919, en la denominada Semana Trágica, el país se había visto sacudido por una violenta conmoción de huelgas obreras, iniciadas en los talleres metalúrgicos Vasena de Buenos Aires, con una alta dosis de participación anarquista y de represión estatal autorizada por el presidente Hipólito Yrigoyen. Maeztu confirmaba que estaba naciendo un nuevo orden social por todas partes: "El mundo está en crisis. Lo que hasta ahora hemos pensado no nos sirve de guía"[38].

Para la terapia de los males españoles, Maeztu acudía a una mezcla de ideas liberales y regeneracionistas con esas elaboraciones teóricas que surgieron en Londres al compás de la guerra. Si bien era necesaria una clase media emprendedora y propietaria que había asomado pujante durante el conflicto mundial, esta farmacopea incluía una fuerte dosis de reforma moral: también era indispensable, un sacrificio del interés particular en aras del bien común. Era esto para Maeztu parte del compromiso cívico y la conciencia del cumplimiento de los deberes políticos que exigía a la sociedad española. Los intelectuales y los políticos actuarían en conjunto, en donde los primeros deberían plantear especulativamente y con originalidad soluciones para el bien público que, los políticos, carentes de programa, tenían que adherir. Maeztu traía nuevamente el ejemplo británico: la guerra había demostrado que no se pudo dejar libradas las fuerzas productivas al interés individual. Sentenciando el fracaso del capitalismo y del socialismo bolchevique, los aportes diferentes a su discurso habitual residían en su defensa de la intervención estatal con un ataque a la corrupción para ampliar los ferrocarriles y las obras hidráulicas, un inicio de una profunda reforma fiscal -nuevos y más altos impuestos- y la regulación del comercio y de los precios. Maeztu ya venía expresando, desde sus corresponsalías en el frente bélico, una mayor sensibilidad hacia el espectáculo del hambre y de la pobreza que dejó la guerra[39]. Es ésta una de las razones por las que, en 1920, se oponía al libre cambio debido a los estragos de extremo individualismo que causaba; se inclinaba por políticas proteccionistas mediante la aplicación de aranceles, ideas alejadas de lo que pregona en La Prensa en 1905[40].

Conclusiones.

Las crónicas de los viajes de Maeztu a España están teñidas de su condición de un intelectual que enfatizaba su condición de observador externo desde Europa, como el lugar de la ciencia idealizada, en 1910 o como el epicentro de una crisis que todavía no había encontrado una solución, en 1919. La insistencia en la mirada con "ojos de Europa" implicaba la posibilidad de realizar comparaciones, aportar nuevos marcos interpretativos, inclusive uno propio, con pretensión de originalidad, madurado en el clima de la Primera Guerra Mundial y en el favorable ámbito científico londinense, apto para la discusión de ideas, requisitos que juzgaba ausentes en España. Maeztu consideraba que contaba con credenciales profesionales suficientes para asumir esa postura del que regresaba sin contaminación con los asuntos locales, pretensión vana porque desde la lejanía seguía al corriente de los sucesos españoles y se involucraba pasionalmente con hechos y sujetos. Observaba, enjuiciaba y proponía soluciones personales.

La noción de cambio recorre esta selección de artículos. Por una parte, a pesar de que hay una insistencia en su transformación personal, Maeztu mantuvo un núcleo muy importante de claves interpretativas de orden liberal y noventayochistas. La visión satisfactoria del progreso económico que encontró al inicio de sus dos regresos mostraba pies de barro. A pesar de que el móvil de alcanzar la modernización económica y cultural de España continuaba ocupando un lugar de privilegio en su pensamiento, consideraba que los males en la sociedad española estaban arraigados hacia ya tiempo. Maeztu los condensaba en dos puntos: las deficiencias de la clase política y, especialmente, la falta de compromiso político de los intelectuales a quienes también responsabilizaba de manera oblicua por el espectáculo que ofrecía una sociedad española, sin virtudes cívicas y entretenida en hacer riqueza.

Bibliografía

- Carrizo Rueda, Sofía (2008), (editora), *Escrituras del viaje: construcción y recepción de "fragmentos del mundo"*, Buenos Aires, Biblos, pp. 9-33.
- Castro Montero, Ángeles, (2006), "Algunas impresiones sobre la Argentina de Ramiro de Maeztu, periodista", *Temas de historia argentina y americana*, Nº 8, pp-13-28.
- Castro Montero, Ángeles (2010), "En las trincheras: Ramiro de Maeztu, corresponsal de la Gran Guerra para la Argentina", *Fundación, X*, pp.258-265.
- Constant, Benjamín (1819), "Discurso sobre la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos", *Revista de Estudios Públicos*, Nº 59, pp. 1-12
- Franco Rubio, Gloria (2010), "El viaje como laboratorio intercultural. Viajeros británicos y españoles en el siglo XVIII", *Tiempos Modernos*, vol. 7, Nº 21, pp. 1-35.
- Inman Fox, Edward (1977), *Ramiro de Maeztu. Artículos desconocidos*, Madrid, Castalia.
- Laera, Alejandra (2007), *Manuel Mújica Laínez. El arte de viajar. Antología de crónicas periodísticas (1935-1977)*, selección y prólogo de Alejandra Laera, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Lozano Marco, Miguel Ángel (2000), *Imágenes del pesimismo. Literatura y arte. 1898-1930*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- Maeztu, Ramiro, (1919), *La crisis del humanismo. Los principios de libertad, autoridad y función a la luz de la guerra. (Una crítica a la autoridad y a la libertad como fundamentos del Estado moderno y un intento de basar las sociedades en el principio de función)*, Barcelona, Minerva.
- Maeztu, Ramiro (1997), *Hacia otra España*, prólogo de Javier Varela, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 17-45.
- Molloy, Sylvia (2010), *Victoria Ocampo. La viajera y sus sombras. Crónica de un aprendizaje*, selección y prólogo por Sylvia Molloy, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Myers, Jorge (2011), *Rumbos patrios. La cultura del viaje entre fines de la colonia y la Independencia*, selección y prólogo por Jorge Myers, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Núñez Florencio, Rafael (2010), *El peso del pesimismo. Del 98 al desencanto*, Madrid, Marcial Pons Historia.
- Ortega y Gasset, José, "Asamblea para el Progreso de las Artes y de las Ciencias", *El Imparcial*, 27 de julio de 1908, en Ernesto y Enrique García Camarero (1970), *La polémica de la ciencia española*, Madrid, Alianza, pp. 420-433.
- Saítta, Sylvia (2007), *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*, selección y prólogo de S. Saítta, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Smith, Adam, (1767), *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* ((2 vols.), Indianápolis, Liberty Fund, 1981; Smith, Adam, (1759), *The Theory of Moral Sentiments*, Indianápolis, Liberty Fund, 1976.
- Tocqueville, Alexis de (1835), *La democracia en América*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Videla, Oscar R. (2010), « Un historiador argentino en viaje. Juan Alvarez, entre el intelectual y el turista », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Debates*, [En línea], Puesto en línea el 10 enero 2010. URL : <http://nuevomundo.revues.org/58458> . Consultado el 5 diciembre 2011.

[Volver](#)

Notas

- [1] Molloy (2010), p. 11.
- [2] Maeztu, Ramiro de, "Francia e Inglaterra. Sentimientos y Política", *La Prensa*, 27 de julio de 1920; "Ramiro de Maeztu, enviado especial de "La Prensa", en Ginebra. Texto integro del discurso del ministro de relaciones exteriores de la Argentina. La actitud de la república durante la guerra. Documentos diplomáticos relativos a los incidentes con Alemania. Democratización del consejo de la Liga. Comentarios e impresiones sobre el discurso", *La Prensa*, 11 de noviembre de 1920; "La huelga inglesa. El porvenir del industrialismo", *La Prensa*, 26 de junio de 1921; "Alemania y el Moratorium. La conversión de Times. El valle del Missisipi. Un plan de liquidaciones", *La Prensa*, 20 de agosto de 1922; "Inglaterra en crisis. Opiniones de Mr. Orage. Los obreros sin trabajo. La falta de ideales", *La Prensa*, 27 de agosto de 1922; "Viaje a Suecia. El secreto del Norte", *La Prensa*, 22 de julio de 1923; "La cultura tradicional de Nápoles", *La Prensa*, 15 de junio de 1924; "La influencia de los banqueros en la Conferencia de Londres", *La Prensa*, 2 de septiembre de 1924.
- [3] Castro Montero (2006), pp. 15-16. Ramiro de Maeztu, "España- 'El Quijote'. La apoteosis de nuestra decadencia" *La Prensa*, 1º de enero de 1905.
- [4] Núñez Florencio (2010), p. 204.
- [5] Maeztu, "El egotismo", *La Prensa*, 8 de julio de 1907.
- [6] Maeztu, "Un viaje a España. La transformación de Bilbao. Una democracia sin demagogos. La oligarquía y el espíritu del tiempo", *La Prensa*, 21 de diciembre de 1910.
- [7] Ortega y Gasset (1908), p. 424.

- [8] Maeztu (1910).
- [9] Maeztu, "Carta de Madrid, Ruptura de la conjunción republicana-socialista. Separación del Sr. Lerroux. Las aguas de Barcelona. Una sesión emocionante", La Prensa, 23 de enero de 1911.
- [10] Maeztu, "Joaquín Costa. El europeizador en Graus. Costa en Madrid, Sarmiento y Costa. Su figura y su obra", La Prensa, 20 de febrero de 1911.
- [11] Varela (1997), p. 34.
- [12] Carrizo Rueda (2008), p. 16.
- [13] Castro Montero (2010), pp. 258-265. Maeztu (1915), "En torno de la guerra. La teoría objetiva del derecho en las leyes internacionales", La Prensa, 31 de diciembre de 1915.
- [14] Maeztu, "Los cambios de España. El progreso económico. Un pueblo en marcha. Exceso de carbón", La Prensa, 28 de septiembre de 1919.
- [15] Maeztu (1919) publicado a fines de ese año en Barcelona. Es una obra que tuvo su eco en la Argentina, a saber por las dos ediciones publicadas años más tarde, ya fallecido Maeztu, por la Editorial Sudamericana, la primera en 1947 y en 1951, la segunda.
- [16] Maeztu "El salvador de la bella Guerrero", La Prensa, 24 de junio de 1905; "Cartas londinenses: La 'Smart set' y el R. P. Vaughan", La Prensa, 24 de septiembre de 1906; "El pecado de Cuba", La Prensa, 12 de noviembre de 1906; "Cartas londinenses. América 'chez Maxim'", La Prensa, 1º de enero de 1908; "El desencanto del progreso", La Prensa, 31 de julio de 1909.
- [17] "Los cambios de España. El progreso económico. Un pueblo en marcha. Exceso de carbón", La Prensa, 28 de septiembre de 1919.
- [18] Maeztu (1919) " Los cambios de España. El progreso...".
- [19] Maeztu, "Madrid como centro. Los nuevos hoteles. Rendez vous de los ricos. El fatalismo de los cocheros", La Prensa, 8 de noviembre de 1919.
- [20] Maeztu, "Nuestra cuestión social", Las Noticias, 27 de abril de 1899, , en Inman Fox, Eduardo (1977), Ramiro de Maeztu. Artículos desconocidos (1897-1904), Madrid, Castalia, p. 93.
- [21] Maeztu, " 'Mariucha ' y el público", Alma Española, 15 de noviembre de 1903, nº 2, año I, p. 5.
- [22] Smith (1776), vol. I, pp. 26-27.
- [23] Maeztu (1919) " Los cambios de España. El progreso...".
- [24] Maeztu (1907), "El egotismo", La Prensa, 8 de julio de 1907; "Los escritores y el turismo. Los argentinos en San Sebastián", La Prensa, 24 de octubre de 1907.
- [25] Maeztu (1919), "Los cambios de España. Críticas de los pesimistas. Razones para que el progreso se mantenga. La economía y la política", La Prensa, 30 de septiembre de 1919.
- [26] Maeztu, (1919), "Los cambios de España. Un pintor intelectual. Exposición en Bilbao. Obras de don Juan Echevarría", La Prensa, 11 de noviembre de 1919.
- [27] Maeztu, (1919), "Los cambios de España". Gobiernos de tres meses. Causas de la crisis. Su alcance y su remedio", La Prensa, 5 de octubre de 1919.
- [28] Maeztu, (1919), "Los cambios de España. Un pintor intelectual...".
- [29] Maeztu, (1919), "Los cambios de España. La llanada alavesa. Progreso y cuestiones sociales. Falta de discusiones", La Prensa, 7 de octubre de 1919.
- [30] Maeztu, (1920), "La cuestión social en Cataluña. Un problema por estudiar. Carácter del obrerismo madrileño y barcelonés. Sus diferencias", La Prensa, 25 de abril de 1920.
- [31] Maeztu (1919), Los cambios de España. La llanada alavesa...".
- [32] Maeztu, (1919) "Los cambios de España. Gobiernos de tres meses...".
- [33] Maeztu (1919) "Gobiernos de tres meses...".
- [34] Maeztu (1919), "Los cambios de España. Juego y especulación. La paz y las monedas. Incertidumbre de los valores", La Prensa, 18 de noviembre de 1919.
- [35] Constant (1819), pp. 11-12; Tocqueville (1835), pp. 244-246.
- [36] Maeztu (1920), "El problema de Cataluña. Universalidad de la cuestión. La cuestión de la carestía. Mayor consumo o monopolios", La Prensa, 22 de febrero de 1920; "Lock out en Cataluña. Agitación y agitadores. Campo de experiencias. El auge de Barcelona", La Prensa, 23 de febrero de 1920; "La situación de Barcelona. Las privaciones de la población. Las pérdidas en dinero. La mutua intransigencia. Los errores de la Patronal. Un intento de solución", La Prensa, 29 de febrero de 1920.
- [37] Maeztu (1920), "La cuestión social en Cataluña...".
- [38] Maeztu, (1920), "El problema de Cataluña. Universalidad de la cuestión...".
- [39] Maeztu (1919), "La situación de Alemania. Impresión de conjunto", La Prensa, 3 de marzo de 1919; "Desde Alemania. Tres visiones. Los imperialistas. Los socialistas. Los niños hambrientos", La Prensa, 4 de marzo de

1919.

[40] Maeztu (1905), "Desde Londres. La sumisión de Mr. Chamberlain", La Prensa, 28 y 31 de mayo de 1905.

[Volver](#)

Resumen:

Los viajes de Ramiro de Maeztu y su inmediata transformación en crónica periodística para La Prensa de Buenos Aires conforman un núcleo central de su obra para la Argentina. Cumplen funciones de información y de suscitar reflexiones. Maeztu convirtió sus regresos a España en 1910 y en 1919 en material periodístico para comunicarse con sus lectores argentinos y con los españoles residentes en el país con "ojos de Europa", para advertir de su transformación personal y de la mutación del objeto de sus observaciones. En este trabajo se examinará en esas miradas las manifestaciones de los cambios, las complacencias con lo que observaba y los reclamos que efectuó a sujetos y realidades españolas. El punto de vista europeo se encuentra asociado a su idea de modernidad y a su expectativa de la misión del intelectual, dos ejes que atraviesan estas correspondencias. Simultáneamente, se indagará en la imagen de España que en cada viaje Maeztu diseñó y en el tono emocional que transmitía.

Palabras clave:

Ramiro de Maeztu, La Prensa, relato de viajes, intelectual, modernidad.

Abstract:

Ramiro de Maeztu's travels and their prompt transformation into journalistic chronicles for La Prensa from Buenos Aires compose a central core of his works for Argentina. They play the role of both informing and arousing reflection. Maeztu turned his journeys back to Spain in 1910 and 1919 into journalistic material in order to communicate with his Argentine readers and the Spaniards residing in the country with "Europe's eyes", to make them become aware of his personal transformation and of the mutation of the subject matter of his observations. This paper will analyze in those views the manifestation of the changes undergone, his satisfaction with what he observed and the demands he made to both Spanish individuals and realities. The European standpoint appears to be associated with his idea of modernity and with his expectations concerning the intellectual's mission: two axes which traverse these correspondent's works. The image of Spain which Maeztu composed on every journey he made and the emotional tone he transmitted will also be simultaneously examined in this paper.

Keywords:

Ramiro de Maeztu. La Prensa, travel accounts, intellectual, modernity.

Fecha de recepción: 12/01/2012

Fecha de aceptación: 04/05/2012

[Volver](#)

Imprimir

REFLEXIONES DE RAMÓN PÉREZ DE AYALA SOBRE LA GRAN GUERRA (1916-1918)

Mercedes Monteiro Martins

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#) / [Fechas](#)

Introducción

La guerra como ocasión sagrada

La guerra como actualización del conflicto romano-germánico

La guerra como conflicto ideológico

Consideraciones finales

Bibliografía

Notas

Introducción

La gran conflagración mundial de 1914-1918 inició un nuevo período dentro de la historia contemporánea, sellando el fin de la civilización decimonónica y dando origen a una nueva era caracterizada por grandes tensiones a nivel mundial. Como señalara Hobsbawm: "el siglo XX no puede concebirse disociado de la guerra, siempre presente aún en los momentos en los que no se escuchaba el sonido de las armas y las explosiones de las bombas"[\[1\]](#).

La neutralidad declarada desde un primer momento y sostenida a lo largo de todo el conflicto por el Estado español, no impidió que declamaciones y debates sobre la guerra atravesaran a la sociedad española, dividiéndola en tres segmentos: los germanófilos, partidarios de la causa de las potencias centrales, sobre todo del Imperio Alemán; y los aliadófilos, que, como su nombre lo indica, brindaban su apoyo a las potencias aliadas, en especial a Francia y Gran Bretaña; y, finalmente, un tercer sector minoritario, partidario de la neutralidad sostenida a nivel oficial[\[2\]](#).

Los ecos de estas deliberaciones llegaron, incluso, a la otra orilla del Atlántico, a las páginas de la prensa argentina. Diarios como La Prensa de Buenos Aires, donde escritores y periodistas de la talla de Ramón Pérez de Ayala, José Martínez Ruíz –más conocido como Azorín- y Ramiro de Maeztu colaboraban de manera asidua, fueron uno de los escenarios utilizados por los intelectuales españoles para exponer sus posicionamiento e interpretaciones acerca del conflicto mundial. Confesos aliadófilos, estos escritores no sólo desplegaron sus argumentos en defensa de la causa aliada sino que se trasladaron a los teatros de operaciones. En el caso de Ayala, hizo lo propio desde el frente italiano, invitado por el gobierno de aquel país y en calidad de representante exclusivo para La Prensa. El objetivo del presente trabajo es analizar algunos de los varios y polifacéticos significados que la guerra revestía para Ayala - escritor, ensayista y novelista asturiano, devenido en corresponsal y periodista de guerra-, a partir de sus publicaciones en el diario La Prensa de Buenos Aires: la guerra como ocasión sagrada para la patria; la guerra como trasunto del conflicto romano-germano de la Antigüedad Clásica; y, finalmente, la guerra como conflicto ideológico entre el espíritu liberal y el conservador.

La producción de Ayala, con respecto a este período, es abundante y prolífica, siendo la más importante aquella producida desde los frentes de batalla. Los artículos que el autor realiza desde Italia son susceptibles de ser divididos en dos categorías: las correspondencias cablegráficas, que realiza desde los frentes de Isonzo, Carnia y Trentino, entre septiembre y octubre de 1916; y las de carácter epistolar, que se publicaron entre diciembre de 1916 a octubre de 1917 y que complementaron su producción realizada desde los frentes. Huelga aclarar, que los escritos que Ayala realizara desde el frente de batalla fueron posteriormente recopilados y publicados en el año 1917 en el libro Hermann, encadenado.

Los cables –un total de trece crónicas- fueron enviados desde el fragor de la guerra y publicados en La Prensa al día siguiente de que fueran remitidas desde Italia. La prontitud con que fueron publicadas aquellas crónicas sorprende si se tiene en cuenta las múltiples vicisitudes que sortearon, entre las cuales se encontraban -como el propio autor señalara en su oportunidad- el que tuvieran que ser traducidas del castellano al italiano, del italiano al francés y del francés, nuevamente al castellano -puesto que, dado el estado de guerra, las oficinas cablegráficas tanto italianas como francesas sólo autorizaban transmitir despachos en sus propias lenguas-. Todos estos avatares suscitaron más de un quebradero de cabeza en un escritor de la talla de Ayala, para quien la forma de cómo se escribía era fundamental. Así lo explicaba el propio autor:

"Los escritores tenemos puesta nuestra vanidad más que nada en la forma. [...] Un escritor pasará por todo antes de avenirse a que le desfiguren la forma de sus obras. Desvirtuada la forma, nada permanece de la obra. Una de las bestias negras de la forma son las erratas. ¿Y qué cúmulo de erratas no surgirán al someter una obra literaria a la transmisión telegráfica y luego cablegráfica? [...] El corazón se me vació y desmayó como vela sin viento... Hice acopio de energías y me resolví a escribir mis crónicas, a pesar de todo. ¡Sea lo que Dios quiera!"[\[3\]](#).

Por el contrario, la publicación de la correspondencia epistolar –un total de veintitrés artículos- fue espaciada en el tiempo, lo cual permitió al autor analizar en detalle y profundidad aquellas cuestiones que suscitaron su interés.

Asimismo, a estas crónicas y artículos se suman otros escritos suyos de carácter ensayístico –género que Ayala cultivó entre sus lectores en la Argentina-, publicados en el mismo diario porteño, con anterioridad y posterioridad a su viaje a tierras italianas, y que permiten obtener una visión más acabada del pensamiento ayalino con respecto a la conflagración mundial.

La guerra como ocasión sagrada

Si bien como se ha mencionado el Estado español, siguiendo los lineamientos de la política de Eduardo Dato –por aquel entonces, presidente de gobierno y político conservador-, decretó oficialmente la neutralidad, la sociedad española rápidamente se escindió en dos bandos mayoritarios que defendieron a uno y otro bando beligerante. Desde el inicio de la contienda, Ayala apoyó la causa aliada para la cual, en 1915 redactó el documento aliadófilo español más importante que publicara el periódico francés Le Journal –y que luego fue recogido y reproducido por otros periódicos y revistas dentro de España, Europa e Hispanoamérica- conocido como el "Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas" –en pos de la intervención española en el conflicto europeo.[\[4\]](#)

Desde las columnas de La Prensa de Buenos Aires, su militancia aliadófila comenzó a traslucirse desde sus primeros envíos en 1916. Es válido señalar que Ayala comenzó su extensa y prolífica colaboración con el diario porteño en marzo de ese mismo año hasta enero de 1951. Este inmenso período puede ser subdividido, a su vez, en dos grandes etapas a saber: un primero período que abarca los años 1916 a 1931; y un segundo, de 1936 a 1951. El vacío producido entre 1931 y 1936 corresponde a los años en que Ayala se desempeñó como embajador en Londres por la II República.

Entre los meses de agosto y septiembre de 1916, Ayala publicó en el diario porteño una serie de cuatro ensayos referidos a los vínculos entre franceses y españoles en los cuales se encargó de exponer la compatibilidad entre el carácter de ambos pueblos, presentándolos como opuestos complementarios:

"El carácter francés es lo genérico por excedencia, la síntesis más fina [...] El carácter español es el individualismo áspero, ¿Qué duda cabe que estos dos tipos de carácter, precisamente por opuestos, han nacido para armonizar en mutua y cabal inteligencia, recibiendo recíprocos y saludables beneficios?

[...] la unión más apacible y duradera se casa con elementos complementarios, con opuestos caracteres"[\[5\]](#).

El eje de los artículos estaba puesto en demostrar cómo los españoles, en realidad, querían y apoyaban a los franceses y, en consecuencia, se inclinaban en su mayoría por el bando aliado. Para el colaborador asturiano, era de vital importancia la entrada de España en la conflagración mundial, ya que para él la guerra consistía en una oportunidad única, una ocasión sagrada, a través de la cual el alma de la nación se revelaba sin fisuras. Estimaba que en circunstancias normales de la vida política "la nación se quebranta, aparentemente, en su unidad y se desmenuza en sus ciudadanos, los cuales piensan y sienten cada cual por su cuenta y como mejor les parece"[\[6\]](#). Ayala partía de una concepción liberal según la cual todos los individuos poseían una naturaleza específica y privativa cuyo fin era llevarla a cabo. Pero, para que los individuos pudieran realizar plenamente su personalidad, debían procurar su propio bien particular, de manera tal que el egoísmo –entendido por Ayala como "la voluntad de vivir, de robustecerse y afirmar la propia personalidad"[\[7\]](#)- se encontraba en la base del accionar de todas las personas. Ahora bien, ese bien particular buscado de manera afanosa, no se oponía al bien común siempre y cuando el egoísmo, inteligentemente entendido –esto era: no engañar ni engañarse, ser sincero y honrado- fuese aplicado, de forma tal que, contrastando los diferentes egoísmos, se llegara a un equilibrio de tendencias o bien común. "Llega un trance –sostenía a Ayala- en que el ciudadano hace el

descubrimiento de que no podrá alcanzar su bien personal, sino asociándose al bien general"[18](#). De ahí que el autor asturiano insistiese que "no hay paradoja en sostener que... el bien público es el bien privado"[19](#) o, lo que es igual, "que el bien de la patria no puede oponerse al bien privado de los ciudadanos"[10](#). Sin embargo, para que estos intereses privados fueran coincidentes, el escritor ovetense advertía que:

"Tan sólo se concibe una ocasión suprema y sagrada en que intereses e ideales particulares se anegan en un interesado ideal o interés idealista, común a todos. Esta ocasión no la crean ni determinan los hombres... Es obra de la fatalidad. Esta ocasión sobreviene cuando la personalidad histórica de la patria está en trance de vida o muerte"[11](#).

Ayala consideraba que solo podía haber verdadera comunidad frente a un peligro común compartido, porque dicho peligro era lo que generaban lazos de solidaridad entre los miembros, lazos vitales para el sostenimiento de la comunidad:

"La única comunidad de hombres iguales, libres y fraternos es la Comunidad ante el peligro. La voluntad de sacrificio sublimiza de la misma manera todos los rostros y los colma de la más grande y unánime hermosura... La idea de la muerte inculca en el pecho de los hombres la certidumbre de su hermandad"[12](#).

De manera tal que Ayala distinguía y oponía dos conceptos, "comunidad" por un lado, y "hermandad" por otro. A la comunidad la consideraba como una organización necesaria pero un tanto "agresiva y odiosa"[13](#), donde prevalecían diferencias y desigualdades y donde la libertad se veía coartada. La definía como "una forma convencional y mecánica... de convivencia para fines diversos, económicos, intelectuales, religiosos, etc."[14](#), cuya existencia dependía exclusivamente de la voluntad de sus miembros, quienes la crean, la sustentaban o la disolvían cuando quisieran. A la hermandad, por el contrario, como la única y verdadera forma orgánica de vida -por oposición a la forma mecánica anterior- puesto que el renunciamento los hacía a todos libres, iguales y fraternos, miembros de una misma nación. La hermandad, para Ayala, era "la aspiración postrera y más alta de la vida de los pueblos, a donde no se sube sino a través del dolor"[15](#) y la guerra tenía esa capacidad de transustanciación, de convertir una comunidad en una hermandad. De ahí la insistencia del Ayala en la ruptura de la neutralidad y la entrada en conflicto armado, puesto que esta guerra era "cardinalmente una guerra de vida o muerte nacional, cuestión de que deje de existir o siga existiendo la personalidad histórica"[16](#). Y este constituye el primer gran sentido que la guerra tenía para Ayala. La guerra era, en primera instancia, una cuestión espiritual y vital.

La guerra como actualización del conflicto romano-germánico

Su compromiso con la causa aliada no fue una simple adhesión nominal, sino que lo llevó a Ayala al frente de batalla mismo, invitado por el gobierno italiano, ocasión que aprovechó el diario porteño para encargarle la corresponsalía de guerra en los frentes de Isonzo, Carnia y Trentino. Mac Gregor O'Brien[17](#) señalaba que La Prensa había aprovechado oportunamente esta ocasión debido al gran número de lectores de origen italiano que poseía por aquel entonces[18](#). De hecho, el mismo Pérez de Ayala dedicó sus artículos de carácter ensayístico "a la gentil colectividad italiana de la Argentina"[19](#) que animosamente le había hecho llegar sus felicitaciones. Como se ha mencionado, la misión encomendada a Ayala fue de grandes proporciones, no solo por las dificultades de su envío, sino también por su realización. El mismo Ayala declaraba en una de sus crónicas:

"Interpretar todo lo que veo, dar forma expresiva a todo lo que siento en este día de vida agitada y de múltiples sensaciones, sería a la verdad tarea difícil, aun cuando dispusiese de tiempo y descanso y es imposible realizarlo un diario de notas tomadas en los cortos instantes que puedo robar al sueño"[20](#).

En las mismas se pueden observar variadas y muy vívidas impresiones de la guerra, desde descripciones pormenorizadas de paisajes, el desarrollo de una batalla, la vida en las trincheras, los hospitales de campaña, la logística de la guerra de montaña, los campos de prisioneros y los tres nuevos inventos aplicados al enfrentamiento armado que llaman su atención: el automóvil, la aviación y el cañón, especialmente por su capacidad destructiva. Estas crónicas y epístolas son amenizadas con pintorescas notas acerca del arte y de la cultura italiana. Ayala era un observador nato y nada le era indiferente, razón por la cual transmitió al por menor todo aquello que vio y le causó profunda conmoción.

Pero dentro de sus crónicas también se desprende una segunda interpretación que el autor realizaba sobre la guerra. Ayala presentó a la Primera Guerra Mundial como el resurgimiento del conflicto entre romanos y germanos, entre la civilización y la barbarie, como si la historia fuese cíclica y el viejo conflicto volviese a revivir entre italianos y austríacos. Y es que Ayala consideraba que en todo proceso histórico había algo de efímero y algo permanente:

"Lo efímero correspondía al actor, al que ejecuta o a los que ejecutan la acción. Lo permanente... reside en la ley de la fatalidad a que el actor -dándose cuenta acaso, pero generalmente sin dársela- obedece. El único criterio metódico que el hombre posee a fin de penetrar la ley permanente de cierto orden de acontecimientos, descascarillando lo efímero y accidental, es relacionar el presente con lo pretérito"[21](#).

Ayala no elegía cualquier tipo de pasado, sino el de la Antigüedad clásica de la cual se declaraba confeso admirador, puesto que lo clásico, según su criterio, "es lo que perdura por debajo de los accidentes históricos; es la norma, el cauce del río"[22](#) y la historia "la suma orgánica de los hechos pasados que todavía no han cesado de pasar"[23](#).

Así se explica las múltiples adjetivaciones, en todos los ámbitos, con las cuales Ayala refiere a los italianos como legítimos continuadores de los antiguos romanos y a los austríacos como descendientes de las hordas dirigidas ora por Atila, ora por Arminius, aquel general germano que detuvo el avance de las tropas imperiales romanas comandadas por el procónsul Quintilius Varus en Germania, impidiendo para siempre la romanización de las poblaciones de la región en el año 9 después de Cristo. Señalaba Ayala, con ciertos tintes de revanchismo histórico, que "Al cabo de veinte siglos, Quintilius Varus consigue su desquite contra Arminius"[24](#).

Sin embargo, los símiles no se limitaban a la Antigüedad grecolatina sino que también se extendieron a la Edad Media y, así el conflicto entre italianos y austríacos era, al propio tiempo, el conflicto entre la Liga Lombarda y el Sacro Imperio Romano Germánico, entre las ciudades libres del norte de Italia y el emperador Federico Barbarroja.

Fuesen romanos o italianos, germanos o austríacos, lo que en última instancia para Ayala representaba este conflicto era el enfrentamiento entre dos organizaciones políticas contrapuestas: por un lado la república, encarnada por Roma y sus descendientes y, por otro lado, el imperialismo de Germania y sus sucesores. Roma y sus herederos eran los depositarios de la antigua tradición romana de la "civitatá", es decir, de la vida en ciudades, de la libertad, del trato igualitario y de saber coincidir el propio interés con el de los demás, en definitiva, de la democracia. Mientras que Germania, por el contrario, simbolizaba el "imperium", el poder resumido en un solo individuo y la sujeción del resto de la población, del gusto por la fuerza y la imposición, es decir, el militarismo. Para Ayala, el militarismo era el origen de todos los males que aquejaban a una sociedad, generador de "la corrupción jactanciosa, el impúdico materialismo y el refinamiento sensual"[25](#) y, al contrario, el civismo fuente de todas las virtudes, "de la pureza de la costumbres, del rigor y de la disciplina más genuina y entrañable"[26](#). De manera tal que la guerra llevada adelante por Italia era una guerra civilizada, incluso la prolongación de la vida civil:

"Guerra no es solamente el choque armado y sangriento, sino ante todo... una concentración de todas las fuerzas de la actividad civil, una organización más de los servicios nacionales, la creación de órganos nuevos y el empleo intensivo de los ya existentes. En resumen, la guerra, que en el primer momento parece ser la interrupción de la vida de la ciudad... es, al contrario, la exaltación intensa [de la misma]"[27](#).

Y la guerra llevada adelante por Alemania, en cambio, era de carácter netamente destructivo. Con referencia a su visita a Monfalcone, Ayala advertía:

"los austríacos se obstinan en concluir con Monfalcone y sobre la ciudad arrojan... grandes cantidades de granadas. El Bombardeo... no tiene en absoluto ni carácter ni objetivo militar. No se trata de una plaza fuerte ni... de una población que se pretenden reducir por terror a solicitar la paz... se trata, por consiguiente, de causar daño por placer; por funesta y desesperada deleitación de la ira plebeya"[28](#).

Pero a los ojos de Ayala, quienes mejor reflejaba aquel choque entre ambas formas de organización política era el duelo que el particular sostenían Inglaterra y Alemania. Coletes Blanco[29](#) señalaba que aún más que aliadófilo Ayala era, esencialmente, anglófilo y en efecto, consideraba al "imperio británico como trasunto fiel e intencional del imperio romano"[30](#) y a Inglaterra como el país de la libertad por antonomasia, quien mejor encarnaba las tradiciones heredadas de los antiguos. Y así, mientras antes de la guerra Alemania era, a juicio de Ayala, "la nación más corrompida de costumbres y más materialista de intenciones"[31](#), Inglaterra pasaba por ser el "país más civil de Europa" y, como tal, aseguraba el escritor ovetense que ésta última había entrado en la conflagración con las más elevadas intenciones.

Ayala distinguía y jerarquizaba dos tipos de intenciones según la ganancia que las naciones pudieran obtener del conflicto: intenciones materiales o ganancia material y la intención o ganancia moral, situando esta última en primer lugar. Para el escritor asturiano, Inglaterra no había entrado en la liza por motivos

materiales, puesto que sostenía que la amenaza germánica afectaba con mayor apremio a las naciones continentales, las mismas que -al final del conflicto- se verían recompensadas con posesiones territoriales, sino por conveniencia moral. Advertía Ayala:

"Si Alemania hubiera realizado sus planes, levantando contiendas con cada una de las nacionales aliadas, aisladamente.... A todas hubiera consumido. Y le hubiera llegado el turno a Inglaterra..., sino de ser vencida..., por lo menos de agotarse en una guerra eterna y estéril"^[32]

Inglaterra no solo había contraído un compromiso formal al lado de Francia y los demás aliados, sino que había actuado movida por aquel mismo principio de egoísmo bien entendido aunque aplicado a la relación entre naciones. Al igual que los intereses particulares de cada individuo debían conciliar en pos del bien común, las naciones debían conciliar sus propias conveniencias en beneficio de todas y no cabía que alguna quisiera imponer su voluntad sobre la voluntad de las otras o, lo que es lo mismo, estimara como conveniencia de los demás la propia conveniencia. Y esto, a criterio de Ayala, había sido el error funesto de Alemania, considerar "que la verdadera conveniencia para todas las naciones de Europa está en dejarse germanizar, ya que Alemania va medio siglo adelantada con respecto a las demás naciones"^[33]. De manera tal que Inglaterra, al mezclarse en el conflicto mundial, había actuado en defensa de la libertad y, en consecuencia, de la democracia mientras que Alemania, por el contrario, lo había hecho con el firme propósito de lograr hegemonía mundial a costa de los intereses de las demás naciones, es decir, del imperialismo.

La guerra como conflicto ideológico

Romanos y germanos, civilización y barbarie, democracia e imperialismo, para Ayala todos esos conflictos se resumían en un solo, el cual, a su vez, servía de sustrato y basamento para los demás: el conflicto entre -lo que Ayala denominaba- espíritu liberal y el espíritu conservador.

Como se ha mencionado, el escritor asturiano sostenía que para el espíritu liberal todo lo existente -tanto los seres como las cosas- era bueno por cuanto había sido creado con un propósito específico que, a su vez, se encontraba inscripto en la propia naturaleza de la criatura. La tendencia natural de cada uno de estos seres era llevar a cabo ese fin específico, lo cual valía tanto como desarrollar plenamente la propia personalidad. Traslada dicha concepción a las relaciones interpersonales, los individuos, según Ayala, también debían procurar su propio bien particular que les permitiera cumplir con su propia naturaleza; pero, al vivir en sociedad, ese egoísmo que los impulsaba debía sutilizarse, de manera tal que los diferentes intereses particulares concertasen y redundaran en un bien ulteriormente beneficioso para todos por igual. A nivel político, según el autor, solo un sistema de gobierno podía garantizar la pluralidad de voces y personalidades y ese era un sistema democrático. A juicio de Ayala, las potencias aliadas habían entrado en la liza con el firme propósito de defender la democracia, idea surgida en la Antigua Grecia y que les había sido legada a través de los romanos y su república, es decir, "la cristalización política de [la] democracia"^[34]. De ahí la instancia de Ayala de "interpretar los hechos flamantes con las ideas de nuestros repertorios clásicos"^[35].

Y si los aliados habían acudido a la guerra imbuidos del espíritu liberal para salvaguardar su tradición democrática, las potencias centrales habían hecho lo propio para imponer su imperialismo, embebido del espíritu conservador. Pero mientras que para el espíritu liberal todo era bueno en cuanto se orientaba a su fin y el mal era solo transitorio y relativo -es decir, la ausencia de un bien debido-, Ayala señalaba que, por el contrario, para el espíritu conservador o faccioso "en el fondo de todas las criaturas yace un mal esencial"^[36]. En consecuencia, los hombres eran naturalmente malos y debían ser gobernados por la fuerza, mediante el sometimiento y manteniéndolos en cierta ignorancia, pues si se les concediese la libertad, sus malos instintos los harían ingobernables. "Luego -advertía Ayala- la dirección de los asuntos públicos debe estar en manos de unos pocos gobernantes... que no en el pueblo"^[37], debía haber una sujeción de los individuos al Estado, único garante de la gobernabilidad de una plebe ineducada y discol. Y así como el autor veía el origen de la democracia en la Historia Antigua, también adjudicaba esta preminencia del estado por sobre el individuo en la misma conformación del Estado alemán, por cuanto su advenimiento a la comunidad internacional se había hecho mediante "la aproximación de varios Estados libres e independientes, con [la] pérdida de la soberanía absoluta de todos ellos, menos de uno, Prusia, cuya hegemonía fue como atadura o ligamento que amarró a los otros en un haz"^[38]. Es decir que, a criterio de Ayala, el agente que consumó la unidad alemana fue la "fuerza material de las armas"^[39] y de este vicio de origen se resentía el resto del sistema político.

Consideraciones finales

Como se ha observado, Ayala otorgaba a la primera Guerra Mundial al menos tres significados. En primera instancia, el conflicto se presentaba para el autor como un trance vital en el cual la personalidad histórica de las diferentes naciones que se batían en el duelo internacional estaba en juego. La guerra era una ocasión única, sagrada, porque a través de la misma el alma de la nación -que en circunstancias normales se quebrantaba en los miembros que la componían- se revelaba sin fisuras, creando ya no una comunidad política, sino una hermandad, aspiración postrera de toda organización nacional. De ahí la insistencia de Ayala de la ruptura de la neutralidad y la entrada en el conflicto mundial al lado de las potencias aliadas.

En segundo lugar, Ayala, partiendo de una concepción cíclica de la historia, presentaba el conflicto como una actualización del viejo enfrentamiento entre romanos y germanos, ora encarnado por italianos y austríacos, ora por ingleses y alemanes, puesto que para el escritor asturiano, los ingleses eran los más fieles continuadores de las tradiciones romanas. Admirador de la Antigüedad Clásica y, en particular, de la Antigua Roma, Ayala consideraba al pasado grecolatino como verdadero sustrato histórico-cultural de la mayor parte de las naciones europeas. Se traba, en definitiva, de un choque de civilizaciones: la romana y sus sucesores, virtuosa, espiritual, basada en la libertad; y la de Germania y sus herederos, corrupta, materialista y basada en el imperio de la fuerza. Cada una de estas dos civilizaciones había dado origen a dos sistemas políticos opuestos, democracia e imperialismo, que, asimismo, bebían sus fuentes de dos cosmovisiones encontradas: el espíritu liberal -que partía de una concepción basada en la bondad intrínseca de los individuos y de su capacidad para lograr consenso en pos de un bien común- y el conservador -que, por el contrario, consideraba a los hombres esencialmente malos e incapaces de vivir en sociedad sin la presencia de un control férreo-. Este último era el contenido ideológico de la guerra.

Bibliografía

Coletes Blanco, Agustín (1984) Gran Bretaña y los Estados Unidos en la vida de Ramón Pérez de Ayala, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos

Coletes Blanco Agustín, El sentimiento anglófilo de Pérez de Ayala en «Hermann, Encadenado»: <http://digitum.um.es/xmlui/bitstream/10201/15318/1/02%20EI%20sentimiento%20anglofilo%20de%20Perez%20de%20Ayala%20en%20Hermann%20Encadenado.pdf>

Hobsbawm, Eric (2005) Historia del siglo XX, Buenos Aires, Crítica

O'Brien, Mac Gregor (1981) El ideal clásico de Ramón Pérez de Ayala en sus ensayos en La Prensa de Buenos Aires, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos.

Pereira Castañares, Juan Carlos (1996) "La política exterior de España (1875-1939)" en Historia de España Contemporánea (1808-1939), Barcelona, Ariel.

[Volver](#)

Notas

[1] HOBSBAWM, ERIC (2005), Historia del siglo XX, Buenos Aires, Crítica, p.30.

[2] Ver: PEREIRA CASTAÑARES, JUAN CARLOS (1996), "La política exterior de España (1875-1939)" en Historia de España Contemporánea (1808-1939), Barcelona, Ariel, pp. 579-597.

[3] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "En viaje a Italia. Sus impresiones como enviado especial de La Prensa. Pequeño análisis psicológico de un corresponsal", La Prensa, 26 de Diciembre de 1916.

[4] Ver: COLETES BLANCO, AGUSTÍN (1984), "La I Guerra Mundial. Pérez de Ayala, aliadófilo", en Gran Bretaña y los Estados Unidos en la vida de Ramón Pérez de Ayala, Oviedo, I.D.E.A., pp. 187-229.

[5] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "Ensayos. Franceses y españoles. IV", La Prensa, 28 de septiembre de 1916.

[6] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "Ensayos. Franceses y españoles. II", La Prensa, 17 de Septiembre de 1916.

[7] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, Idem.

[8] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, Idem.

[9] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, Idem.

[10] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, Idem.

- [11] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, Idem.
- [12] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "Ensayos. Franceses y españoles. III", La Prensa, 24 de Septiembre de 1916.
- [13] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, Idem.
- [14] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "Los ingleses en Norteamérica. Comentarios al libro de Wells", La Prensa, 10 de enero de 1921.
- [15] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "Ensayos. Franceses y españoles. III", La Prensa, 24 de Septiembre de 1916.
- [16] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "Ensayos. Franceses y españoles. II", La Prensa, 17 de Septiembre de 1916.
- [17] O'BRIEN MAC GREGOR (1981), El ideal clásico de Ramón Pérez de Ayala en sus ensayos en La Prensa de Buenos Aires, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos.
- [18] Hacia 1914, los inmigrantes representaban el 30% de la población total de Argentina que en aquel entonces alcanzaba los 7.900.000 habitantes, de los cuales 930.000 eran italianos y 830.000 españoles. Ver: DEVOTO, FERNANDO (2009), "Antes de la Primera Guerra: la inserción y la integración de los inmigrantes" en Historia de la inmigración en la Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, pp.294-352.
- [19] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "En viaje a Italia. Sus impresiones como enviado especial de 'La Prensa'. Pequeño análisis psicológico de un corresponsal", La Prensa, 26 de Diciembre de 1916.
- [20] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "Ramón Pérez de Ayala en el frente italiano", La Prensa, 23 de septiembre de 1916.
- [21] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "Ensayos. En torno a la paz. Primera emoción", La Prensa, 21 de Enero de 1919.
- [22] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "El viaje a Italia. Nuevo Metauro", La Prensa, 4 de Junio de 1917.
- [23] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "Ensayos. Tres siglos ha", La Prensa, 2 de Junio 1916.
- [24] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "¡Italia!", La Prensa, 27 de Diciembre de 1916.
- [25] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "De Ramón Pérez de Ayala. El viaje en Italia", La Prensa, 17 de Febrero de 1917.
- [26] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, Idem.
- [27] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "Ramón Pérez de Ayala en el frente Italiano", La Prensa, 30 de Septiembre de 1916.
- [28] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, Idem.
- [29] "Pérez de Ayala había visitado Gran Bretaña en 1907-08 y vuelto impresionado por la idiosincrasia liberal británica: a partir de este momento, y por el resto de su vida, será anglófilo convencido" en COLETES BLANCO, AGUSTÍN, El sentimiento anglófilo de Pérez de Ayala en «Hermann, Encadenado»: <http://digitum.um.es/xmlui/bitstream/10201/15318/1/02%20E%20sentimiento%20anglófilo%20de%20Perez%20de%20Ayala%20en%20Hermann%20Encadenado.pdf>
- [30] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "¡Italia!", La Prensa, 27 de Diciembre de 1916.
- [31] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "De Ramón Pérez de Ayala. El viaje en Italia", La Prensa, 17 de Febrero de 1917.
- [32] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "Ramón Pérez de Ayala. Su viaje como enviado especial de La Prensa en Italia. Coloquio con un inglés", La Prensa, 1 de Enero de 1917.
- [33] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "Ramón Pérez de Ayala. Sus impresiones como enviado especial de La Prensa en Italia. Continúa el coloquio con un inglés", La Prensa, 2 de Enero de 1917.
- [34] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "Ensayos. En torno a la paz. Primera emoción", La Prensa, 21 de Enero de 1919.
- [35] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, Idem.
- [36] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "El liberalismo y "La loca de la casa", La Prensa, 28 de Septiembre de 1916.
- [37] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "En torno a la paz. Maquiavelo", La Prensa, 3 de Febrero de 1919.
- [38] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, "Mazzini. La humanidad y la patria. El hombre que amó tanto y jamás odió", La Prensa, 20 de Septiembre de 1917.
- [39] RAMÓN PÉREZ DE AYALA, Idem.

[Volver](#)

Resumen:

Ramón Pérez de Ayala, escritor y ensayista asturiano, visitó los frentes de operaciones italianos durante la Primera Guerra Mundial en carácter de invitado por el gobierno de ese país y de corresponsal de guerra del diario La Prensa de Buenos Aires. A través de las crónicas y artículos epistolares, Ayala presentó la Gran Guerra a sus lectores como un conflicto susceptible de ser analizado desde tres aspectos: la ocasión sagrada para la patria, la guerra como actualización del antiguo enfrentamiento entre romanos y germanos y, finalmente, la guerra como una lucha entre el espíritu liberal y el espíritu conservador.

Palabras clave:

Ramón Pérez de Ayala. Primera Guerra Mundial. Diario La Prensa de Buenos Aires. Patria. Antigüedad Clásica. Liberalismo. Conservadurismo.

Abstract:

Ramón Pérez de Ayala, Asturian writer and essayist, visited the Italian operations fronts during the First World War as a guest of the government of that country and as war correspondent for the newspaper La Prensa of Buenos Aires. Throughout his chronics and articles, Ayala present the Great War war to his readers as a conflict that could be analyzed from three aspects: the war as the sacred occasion for the countries, the war as an upgrade from the old struggle between Romans and Germans and, finally, war as a fight between the liberal and the conservative spirit.

Keywords:

Ramón Pérez de Ayala. First World war. Newspaper La Prensa of Buenos Aires. Homeland. Classical Antiquity. Liberalism. Conservatism.

Fecha de recepción: 12/01/2012

Fecha de aceptación: 04/05/2012

[Volver](#)

Imprimir

AZORÍN DESDE PARÍS. MARTÍN FIERRO Y OTRAS CUESTIONES ARGENTINAS

Verónica Zumárraga

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#) / [Fechas](#)

La manera de citar el poema

Quién es el gaucho y cómo es la pampa

El tratamiento de los clásicos

Valoración del poema de Hernández

Parentesco con la literatura española. Comparación con Lope

Comparación con Cervantes

Referencias bibliográficas

Notas

Azorín llevaba veinte años como colaborador externo del diario La Prensa, de Buenos Aires, cuando, por causa de la guerra, decide huir hacia París en octubre de 1936, por territorio republicano y gracias a las gestiones de los republicanos. Siente que puede ser perseguido por ambos bandos, y logra salir a tiempo de España. Más tarde llegarían a París otros españoles en idéntica situación de auto exilio: Ortega y Gasset, Pío Baroja, Gregorio Marañón. Permanecerá en la capital de Francia hasta agosto de 1939.

Desde París y por primera vez Azorín abordará temas argentinos en sus artículos para el diario La Prensa. Hasta este momento había hablado a sus lectores argentinos de sus ocupaciones y preocupaciones relacionadas con España y su cultura. Su primera colaboración había aparecido en el diario porteño el 30 de marzo de 1916, inaugurando un espacio en el que ejerció un sutil magisterio, tan regular y constante que con el artículo fechado el 15 de noviembre de 1936 había alcanzado la inusual cifra de 670 colaboraciones publicadas en el diario de la familia Paz. Este artículo fue el último escrito en Madrid antes de emprender viaje hacia París. El artículo que le sigue, titulado "Otra vez en París" y publicado por La Prensa el 6 de diciembre de 1936, ya fue escrito en la capital de Francia, donde el escritor alicantino permanecerá los tres años de la guerra, y desde donde enviará al diario argentino un centenar de colaboraciones. Si tenemos en cuenta que Azorín, tras su regreso a España en 1939, una vez terminada la guerra, continúa con sus envíos al diario argentino, y que su última colaboración, de enero de 1951, lleva el número 986 - todavía no comprobado (1)-, advertiremos que la presencia del escritor de Monóvar en los medios periodísticos argentinos es la mayor entre todos los escritores españoles que publicaron en la República Argentina, mérito que ostenta sin haberla visitado nunca, y sin haber encarado temáticas argentinas, con excepción de los artículos de los que se ocupa este trabajo.

El 15 de agosto de 1937 aparecerá una colaboración llamativamente titulada "José Hernández no existe"(2), con la que iniciará una serie de nueve artículos dedicados al poema Martín Fierro (3) y su autor. Si a ella sumamos otros seis artículos dedicados a sendas figuras notables (Juan Cruz Varela, Esteban Echeverría, José Mármol, José María Paz, Carlos Guido Spano y Joaquín Víctor González (4), tendremos un conjunto de quince colaboraciones en las que intenta profundizar en cuestiones argentinas.

Azorín se acerca a estas figuras de manera bastante forzada. Es muy probable que quiera agradecer al diario argentino la seguridad económica que le brinda el pago puntual que recibe por sus artículos, única fuente de ingresos de este exiliado en tiempos de guerra, que gracias al contrato establecido con La Prensa vivió en París tres años sin privación alguna (5). Tengamos en cuenta que no escribió para ningún otro medio durante ese lapso. También es posible que estableciera un primer contacto con la obra de estos autores en la biblioteca que por ese entonces el diario La Prensa tenía en París, y que sintiera que había llegado el momento de rendir un tributo a la cultura argentina, que entre otras manifestaciones, contaba precisamente con La Prensa, el diario más importante de Hispanoamérica en ese momento, el cual se permitía el gesto, un poco teatral, de abrir en París una sucursal de su biblioteca. Da la impresión de que esta doble circunstancia se le impone, pero el lector argentino percibe que con este material nuevo entre manos Azorín no está del todo cómodo. El desconocimiento práctico de lo argentino había hecho que durante veinte años de colaboración externa no se ocupara de asuntos argentinos.

La manera de citar el poema

La falta de dominio se advierte en algunos pequeños errores. Azorín solo transcribe cuatro estrofas del Martín Fierro a lo largo de estos nueve artículos. Es curioso que teniendo un dominio tan preciso de la lengua y un estilo famoso por su riqueza léxica, Azorín cometa tres errores de transcripción en estas pocas estrofas (o que los cometan los tipógrafos de La Prensa al citar obra tan conocida). "En el palacio de Mansard" (26/9/1937) encontramos la primera estrofa:

Y cuando se iban los indios

Con lo que habían **maniotao**,
Salíamos muy apuraos
A perseguirlos detrás;
Si no se llevaban más
Es porque no habían hallao.

Es evidente que "maniotao" es una errata. Lo que corresponde es "manotiao", tal como leemos en la versión de Eleuterio Tiscornia (a quien el propio Azorín menciona como un estudioso de la obra, digno del mayor del respeto), porque el cantor refiere que los indios entraban al fortín, robaban atropelladamente lo que podían y huían:

Y cuando se iban los indios
Con lo que habían manotiao,
Salíamos muy apuraos
A perseguirlos de atrás;
Si no se llevaban más
Es porque no habían hallao.

Si la errata es de Azorín, le impidió entender el sentido de la estrofa.

"En la cátedra Hernández" (5/12/37) se citan dos estrofas sin respetar las características de la lengua gauchesca, lo cual también es un descuido, impropio de Azorín:

Yo nunca tuve otra escuela
Que una vida desgraciada.
No **extrañen** si en la jugada
Alguna vez me equivoco.
Pues debe saber muy poco
Aquel que no aprendió nada.
Hay hombres que de su **ciencia**
Tienen la cabeza llena.
Hay sabios de todas menas.
Mas digo, sin ser muy ducho:
Es mejor que aprender mucho
El aprender cosas buenas.

La versión de Tiscornia dice en cambio:

Yo nunca tuve otra escuela
Que una vida desgraciada.
No **estrañen** si en la jugada
Alguna vez me equivoco.
Pues debe saber muy poco
Aquel que no aprendió nada.
Hay hombres que de su **cencia**
Tienen la cabeza llena.
Hay sabios de todas menas.
Mas digo, sin ser muy ducho:
Es mejor que aprender mucho
El aprender cosas buenas.

Sería interesante saber qué edición del Martín Fierro consultó Azorín para escribir estos nueve artículos y para seleccionar y citar estas estrofas con estas imprecisiones. Volvemos a plantear la posibilidad de que las oficinas de La Prensa en París, o la mentada biblioteca, le proporcionaran un ejemplar. Del centenar de artículos escritos en París durante este período y publicados en La Prensa, la mayoría presenta relatos de ficción. En ellos están ausentes los toques de erudición, las citas textuales y las precisas referencias bibliográficas a las que tan acostumbrados estaban sus lectores de América. Optar por la creación literaria fue quizás el recurso que le permitió mantener el ritmo de producción, a pesar de no disponer de sus libros, ni de bibliotecas, ni de librerías de

textos en español (6).

Sea como fuere, y a pesar de su precaria situación de exilio, encara el análisis y comentario del poema de Hernández, ¿Decide por gratitud dar este paso? Azorín es escritor de recursos, además de periodista experimentado, y sale airoso del trance que él mismo ha buscado, aunque pise un terreno poco firme. Por otra parte está en París, angustiado por la guerra que desangra a su patria, y paralelamente está produciendo unos textos signados por lo que después se denominó la "estética del destierro" (7), una especie de catarsis que ha quedado como doloroso testimonio de los tres años vividos en París, y que aparecen en el diario de la familia Paz en forma alternada con los artículos dedicados a los escritores argentinos. Nos referimos a los cuentos posteriormente reunidos en el volumen titulado *Españoles en París* (8). En ellos la capital de Francia es el hermoso escenario por el que deambulan unos seres estrafalarios y transidos de dolor: españoles que han huido de su país, pero que no pueden dejar de pensar en él, y mucho menos disfrutar de lo que París ofrece al visitante. Precisamente dentro de esta estética del destierro y dentro de este recurso de llevar a todos a París entrarán los argentinos, pertenezcan a la realidad o la ficción, y si no es inverosímil que Esteban Echeverría, Juan Cruz Varela o Carlos Guido Spano paseen por la capital de Francia, porque efectivamente viajaron por Europa, sí lo es que lo haga José Hernández, cuya vida y obra no se apartan de la pampa argentina, y que jamás cruzó el océano. Y es absolutamente sorprendente que el protagonista del poema de Hernández, el gaucho Martín Fierro, escuche música en los jardines de Luxemburgo y se disponga a viajar en avión a Inglaterra solo para fundirse en un abrazo con Francis Bond Head, el viajero inglés que escribió acerca de la particular existencia del gaucho, tal como leemos en el artículo titulado "Música en el Luxemburgo" (10/8/1938). Por todo esto, en el presente trabajo vamos a ocuparnos de los artículos dedicados al Martín Fierro, el clásico argentino, tratando de precisar qué valores advirtió Azorín en una obra cuya lectura realiza en circunstancias tan especiales. También trataremos de entender por qué despoja al personaje de su primitiva rudeza y lo convierte en un viajero mundano. Pero fundamentalmente destacaremos cómo Azorín comprendió la obra y descifró su mensaje, sin conocer el medio geográfico en que se desenvuelve la acción, ni el medio histórico en que el gaucho trató de defender un espacio social.

Quién es el gaucho y cómo es la pampa

Se hace necesario precisar quién es el "gaucho" y qué papel ocupa en la sociedad argentina, para lo cual creemos conveniente definir brevemente el espacio geográfico que este ser habitó, la pampa argentina, porque de ella devienen las características esenciales del gaucho. Según Daus (1957), la pampa es una planicie sin árboles de crecimiento natural, con cobertura continua y permanente de pastos que no dejan ver el suelo, y que posee clima templado sin estación seca. Hacia el norte, la pampa termina donde empiezan los bosques del Chaco; hacia el poniente, se acaba cuando se llega a las sierras o la estepa arbustiva; el Paraná, el Plata y el Océano Atlántico la limitan por el este; el límite sur lo marca el comienzo de la Patagonia. El área total aproximada es de 600.000 kilómetros cuadrados, cifra que tiene un significado extraordinario, pues son raras en el globo las extensiones comparables. La Amazonia, la taiga siberiana o el Sahara son igualmente extensos, pero se trata de espacios adversos al hombre, mientras que la pampa le es muy propicia, porque es apta para el cultivo y la cría de animales (9).

En este magnífico escenario y durante la segunda mitad del siglo XVIII (10) surge la figura del gaucho, producto del mestizaje entre la sangre española y la indígena. El término irá adquiriendo significados tan diversos que a lo largo de nuestra historia llamar a alguien "gaucho" pudo ser tanto un agravio como un elogio. La polisemia del término se sigue enriqueciendo en nuestros días, dando testimonio de la compleja existencia de este habitante de la pampa, presente en todos los hechos de la historia argentina desde la Revolución de Mayo, puesto que integró los ejércitos en la guerra por la independencia, se alineó tras la figura de los caudillos en tiempos de unitarios y federales, y participó tanto de la guerra del Paraguay como de la Conquista del Desierto. Su sentido de trascendencia, heredado de la fe cristiana, lo hizo distinguirse siempre del indígena, primitivo habitante de estas pampas, y referirse con naturalidad a un Creador del vasto universo que él recorre en su vida nómada. No en vano suele referirse a sí mismo como "cristiano", y al indio como "infiel". Su profundo sentido de la libertad y la amistad, su perfecta adaptación al medio, su habilidad como jinete y su escasa predisposición a instalarse en un único sitio y trabajarlo con criterio de propietario son sus características más notorias. En general, y a pesar de que existió el gaucho pendenciero, matrero, borracho o ladrón, "ser gaucho", incluso en nuestros días, es sinónimo de hombría de bien. Ricardo Güiraldes, en su novela *Don Segundo Sombra*, publicada en 1926, llevó este concepto positivo del término a su punto más alto, al presentar a un gaucho que habita una pampa ya totalmente civilizada y parcelada, mediante alambrados, en estancias que aplican todo tipo de sistemas modernos para el cultivo de la tierra y la cría de ganados. Don Segundo Sombra es un modelo de sabiduría y de autodominio, extraídos precisamente de ese espacio pampeano en el que sigue viviendo con la misma libertad que practicaron y defendieron los primeros gauchos. El autor de la novela, exponente de la aristocracia porteña, la dedica a una serie de peones de la estancia familiar de San Antonio de Areco, y remata su dedicatoria con esta emotiva comparación: "Al gaucho que llevo en mí, sacramento, como la custodia lleva la hostia" (11). Kovacci (1961) sostiene que en toda su obra Güiraldes hace de la pampa la sinécdoque de la argentinidad: "valoración de lo nacional por la simbiosis tierra-hombre: realidad vislumbrada en su tiempo, que nuestro artista intuyó dotada de potencia perfectible y proyectada en futuridad" (12).

El gaucho dio origen a la creación de un género lírico llamado "literatura gauchesca" que en el siglo XIX tuvo notable desarrollo, tanto en el Uruguay como en la Argentina. Martín Fierro es el cenit de esa literatura, además de ser nuestro libro nacional y el clásico argentino, mal que le pese a Sarmiento y a Borges.

El tratamiento de los clásicos

Usamos la expresión "el clásico argentino" con el propósito de relacionar el tratamiento que Azorín da al poema de Hernández con el tratamiento aplicado a otros "clásicos" españoles. La libertad con que, por ejemplo, Azorín trata a Cervantes y al Quijote en sus artículos para *La Prensa*, y en toda su obra, es absoluta (13). Esta misma libertad se observa en su producción novelística al tratar los mitos clásicos. Baste mencionar que su Doña Inés,

en la novela del mismo nombre, lejos de ser la novicia ingenua de Zorrilla o la joven seducida de Tirso, es una hermosa mujer rica y madura que enamora a un poeta, mucho más joven que ella; o que su Don Juan es un hombre que está de vuelta de todo y, hacia el final de la novela del mismo nombre, es el "Hermano Juan", que ha descubierto la felicidad al experimentar, dentro de su mundo conventual, el verdadero amor y la pobreza franciscana. Una obra clásica para Azorín es una obra inconclusa, abierta a las necesidades de cada generación; es una obra viva, que puede tener muchas interpretaciones. "Un autor clásico es un reflejo de nuestra sensibilidad moderna", ha dicho Azorín en *Lecturas españolas* (14).

Creemos que en este momento el escritor alicantino presta atención por primera vez y seriamente al Martín Fierro, y decide tomarlo como el instrumento mediante el cual agradecerá a la República Argentina en general, y al diario *La Prensa* en particular, el haber sostenido sus colaboraciones durante veinte años, y el pagarlas mejor que nunca en esos momentos de exilio parisino. La sensibilidad del artista que lee, la calidad de la obra leída y la circunstancia en que se produce la lectura son tan excepcionales que merecen toda nuestra atención.

Azorín sabe de antemano que el poema de Hernández es un clásico, y en sus artículos lo someterá al libre tratamiento que como ya dijimos reciben de él todos los clásicos, empezando por el manejo del tiempo, porque en algunos artículos José Hernández, de paso por el París de 1937, acaba de escribir su poema y lo somete al criterio de sus amigos, y en otros apenas lo está gestando en su cabeza. Anacronismo absoluto, puesto que el poema se publicó 1872 y su segunda parte en 1879. Dice Riera (2010) (15) que revisar, reexaminar, recuperar y revalorizar son las acciones que el escritor alicantino realiza cuando encara una obra clásica, todas ellas sometidas a la sensibilidad, que es el instrumento básico para el abordaje de los clásicos.

Azorín dejará de lado el discurso crítico, teórico o erudito, y optará por la ficción en cada uno de los nueve artículos que estudiamos. Todos están sostenidos por una primera persona protagonista que integra grupos de conversación en los que uno de los participantes suele ser José Hernández, y el asunto suele ser el Martín Fierro. Todos los encuentros ocurren en París, y no falta la mención de la guerra civil española, como para que los lectores de *La Prensa* no olvidemos ese telón de fondo, presente en toda la producción azoriniana de estos años:

–¡Este Mendoza, Juan, es maravilloso!– exclamaba Hernández después de paladear el famoso vino.

–¡Y con él voy a triunfar después de la guerra en el mercado de España!– replicaba Rivadavia, copa en mano, la copa en que irizaba, a la viva luz, el zafir del caldo argentino. ("Crónica de sociedad", 3/10/1937)

Valoración del poema de Hernández

Lo primero que Azorín advierte, por boca de estos seres de ficción, es la belleza del poema, y lo que valora es el rasgo de estilo para él más importante, y el que define a un escritor: las transiciones, el atreverse a saltar de un concepto a otro, de un tema a otro, de un tono a otro sin dar fatigosas explicaciones:

Visto y no visto. Apenas aparece una imagen, ya ha desaparecido. Las transiciones son sorprendentes. Y todo se desliza –cual si soñáramos– como una melodía. Una melodía suave, acariciadora, retozona aquí, con emoción profunda más lejos. ("En el palacio de Mansard", 26/9/1937)

Azorín sostenía que para entender el Quijote había que conocer la Mancha, así como que para entender a Santa Teresa había que atravesar la llanura castellana en un carro tirado por mulas. Él no conoció la pampa argentina, condición necesaria para adentrarse en el poema de Hernández, según esta teoría, y sin embargo lo entiende, y destaca en primer lugar el rasgo de estilo que a su juicio mejor define a un escritor, el saber imponer un ritmo mediante el uso de las transiciones. Además percibe de entrada "la melodía suave" que impregna el poema. Recordemos que todo Martín Fierro es una larga payada, es decir, una canción. No creemos que Azorín haya tenido posibilidad de ahondar en el arte de los payadores ni en su improvisado oficio de rimar ante el público, acompañándose de una guitarra, pero es notable que advierta el peso del ingrediente musical que sostiene al poema. Intuición de poeta, que ante una obra tan popular y auténtica (como pueden ser los romances de su patria) capta su melodía. Esta intuición sustituye otras sensaciones que lectores culturalmente más cercanos a las manifestaciones gauchescas tenemos incorporadas: el rasgueo de guitarra que acompaña el recitado, la recepción por parte del público, el modo sencillo en que se cumple el circuito de expresión y comunicación en el infinito escenario de la pampa.

En segundo lugar marca la trascendencia de la obra. José Hernández es para Azorín "el poeta más grande que ha producido la América meridional" ("Música en el Luxemburgo", 10/7/38), afirmación que por lo rotunda evoca a la que sigue, escrita en *La Prensa* ocho años atrás: Cervantes es "el único autor español que goza de la universalidad" (58- "La evolución del Quijote", 25/5/1919). Y en otro momento destaca la condición inaugural del poema de Hernández, que hizo lo que nadie había hecho hasta el momento:

Sí, has hecho algo que en tu patria no se había hecho jamás. Tu poema es popular y aristocrático a la vez. De lo popular tiene el desgarro, el color y las transiciones inesperadas y rápidas. De lo aristocrático tiene un sentimiento vivo, hondo, inefable, que deja en el alma una huella de luz. No podría ser popular, o sea, nacional, si no fuera aristocrático. Solo un poeta delicadísimo sabe suprimir las adherencias superfluas y llegar al alma de una nación. Y eso lo has hecho tú, José Hernández. ("José Hernández no existe", 15/8/1937)

Ya es toda una postura ideológica considerar sinónimos lo "popular" y lo "nacional", pero, por encima de ella, hablar del aristocratismo del poema, y más adelante del aristocratismo del gaucho, constituye una valoración tan personal y exclusiva de Azorín que la ponemos a la altura de las dos primeras (belleza y trascendencia), porque es un modo de superar la antinomia civilización-barbarie, propuesta por Sarmiento y sostenida por la

intelectualidad argentina durante tanto tiempo (16). Azorín, por el contrario, sostiene que el poema de Hernández no podría ser popular si no fuera aristocrático. Recordemos que para Domingo Faustino Sarmiento el gaucho era una clase social de la que debía desprenderse el país civilizado que él estaba empeñado en construir (17). Sarmiento también quería liberarse de la existencia del indio, por lo que mediante la línea de fortines ideó la manera de que unos y otros, gauchos e indios, se matasen mutuamente. Hernández se propuso sencillamente denunciar en su poema esta injusticia que padecía el gaucho, esta doble frontera en la que las políticas de Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento (18) lo habían instalado. Obligado a "servir a la patria" en la línea de fortines, el gaucho debía protegerse del enemigo que habitaba el desierto, el indio; pero también del otro enemigo, igualmente peligroso, que mandaba desde el gobierno central.

Nada de esto interesa a Azorín, quien se desentiende del marco histórico de la obra y la interpreta en clave simbolista, término que usamos siguiendo a Lozano (1996), tratando de definir el alma del gaucho y encontrando en ella una condición humana tan noble y refinada que insiste en hablar del aristocratismo del gaucho:

Los modernistas americanos, es decir, los neorrománticos, han padecido el error de creer que lo aristocrático es la materia. Del salón profundo y misterioso, impregnado de perfumes densos e inebriantes, en que una beldad indolente se reclina en sedas, han ido al jardín cartesiano de Le Nôtre. De la desesperanza alambicada, a la blasfemia infame. Del amor reprobado, a la exaltación pseudo mística. En su obra se confunden los encajes sobre mórbidas carnes con el espumeante vino en límpido cristal. Y lo aristocrático, en suma, es esa "energía ligera" de que habla Nietzsche, opuesta a la pesadez, prolijidad y pedantismo de los que están dominados por el asunto, en vez de ser ellos los que develan el asunto. ("En un palacio de Mansard", 26/9/1937)

En esta línea del aristocratismo del gaucho en general y de Martín Fierro en particular es coherente que lo traiga a pasear a París y lo presente escuchando música en los jardines de Luxemburgo, y que su personaje no se sienta ni cohibido ni extraño en un escenario tan ajeno a su naturaleza. Advirtamos de paso que el título de este artículo, "En un palacio de Mansard", tan alejado semánticamente de la pampa argentina, es ya un modo de instalar en el mundo aristocrático a entes de realidad o ficción como Hernández y Martín Fierro, dignos de habitar en un palacio con mansarda porque son poseedores de esa "energía ligera".

Parentesco con la literatura española. Comparación con Lope

Pero lo más notable de la valoración azoriniana del Martín Fierro es su parentesco con la literatura española, y su pertenencia al mundo panhispánico. Veamos el siguiente ejemplo de un artículo que recrea una circunstancia anterior a la escritura del poema, en el que Azorín llama a los gauchos "los caballeros de la Pampa":

Allá, lejos, tras el Atlántico, está la Pampa. Y la Pampa le espera a usted. Y le esperan a usted los caballeros de la Pampa, es decir, los gauchos. Deje usted París. [...] Los gauchos le esperan a usted. De la Pampa puede usted sacar un poema magnífico. Y es la Patria la que le llama. Y es el paisaje que ha visto usted por vez primera el que le aguarda. Case usted resueltamente su ingenio con el ambiente nativo. ¿Y quién le va a decir a usted que su poema –el poema de los gauchos– será deleznable, zarramplín y descoyuntado? No seré yo, Eulogio Restrepo, quien se lo diga. No se lo dirá nadie. Lope de Vega escribía que, puesto que el vulgo es necio y lo paga, es preciso, para darle gusto, hablarle en necio. Y Lope finge que rompe con la tradición sabia, la tradición aristotélica, y se pone a escribir a salga lo que saliere. ¡Ah, cuánta mentira! Ni el vulgo español del siglo XVII era necio. Ni pedía que en necio se le hablase. Ni siquiera lo pagaba. Lope de Vega lo sabe. Lo que hace Lope es crear un nuevo sentido del espacio. Esa creación estaba determinada por un hecho capital en la historia del mundo. Cervantes encuentra su poderosa vida mental en el tiempo. Y Lope la encuentra en el espacio. Cervantes es el pasado, y Lope es lo porvenir. Tanta poesía hay en el pasado como en lo porvenir. Y los españoles que acababan de descubrir un nuevo espacio –y ése es el hecho capital a que aludía–, entran impetuosamente, con vivo placer, en el espacio vasto que Lope crea. ¿Y por qué no ha de crear usted, Hernández, un nuevo sentido del espacio en la poesía necontinental? Tiene usted genio para hacerlo. Y seguramente lo hará usted. ("Cómo nació Martín Fierro", 1/5/1938)

En otro artículo se presenta la situación ficcional posterior a la creación hernandiana, y la valoración del poema por parte de amigos del poeta reunidos en París:

Tu obra, poeta, procede del teatro clásico español. ¿He dicho que procede? No. Se desenvuelve –suprimido el tiempo– paralelamente al teatro español. Y del teatro clásico español tiene el movimiento, el extraordinario movimiento, y la musicalidad [...] Asistimos a un espectáculo de pueblo elemental y tenemos el sabor de estar entre las gentes más refinadas y aspirando el aire del Ática. Y ése es otro aspecto de tu aristocratismo. El más selecto de todos. El más inaccesible al común de las gentes. No; inaccesible, no. Porque con tu obra sucede lo que con el teatro antiguo español: que es manjar de los escogidos y pasto de la plebe. Tu mundo, como el de Lope, es vasto. Tengo presente la ubicación de mundo y mundo, el tuyo y el de Lope. La vastedad de Lope tiene por límites centenares de comedias, y tu vastedad está reducida a un poema. Guardadas todas las proporciones y mirada su relatividad, no he de rectificar la comparación. No recuerdo ahora si hay o no peces en tu mundo. Pero en tu mundo hay de todo. Fauna y flora. El filólogo que ahechara tu obra, ha realizado una labor primorosa y seductora. Tiscornia ha levantado en tu honor un monumento de jaspe y oro. No se hace cosa de más primor en Europa. ¿Impresiones auditivas y visuales? De todo, como en el mundo. Los cinco sentidos y un sentido más. El de la aprehensión de lo desconocido. El que nos previene del destino doloroso y nos hace ver más allá del horizonte sensible. El que nos hace ver el dolor, el desengaño, la desesperanza infinita que dicta a tu musa esas sentencias de sabiduría perdurable. ("En un palacio de Mansard", 26/9/1937)

Uno de esos amigos, el español Fidel Berlanga, llega a confesar hacia el final de este artículo: "Al leer Martín Fierro, cuando esperaba entrarme por tierras incógnitas y extrañas, he sentido la fascinación de contemplar lo preciadísimo que de antiguo llevo en el fondo del alma". ("En un palacio de Mansard", 26/9/1937).

Todo esto quiere decir que la belleza, la trascendencia y el aristocratismo del poema encuentran en el espacio descripto, la pampa argentina, su mejor manifestación, y que esa conquista del espacio a través del arte puede parangonarse con la que Lope de Vega llevó a cabo en su teatro. La propuesta de que el arte de Lope va unido al espacio, así como el de Cervantes va unido al tiempo, es una síntesis muy didáctica; y la propuesta de que la variedad espacial en el teatro de Lope se debe al descubrimiento de América es una propuesta azoriniana de mucho atractivo. Parangonar la inmensa obra de Lope con el único poema de Hernández, por considerable que sea su extensión (4.894 versos), es un atrevimiento que solo podemos conceder a Azorín, quien no solo pone en un mismo plano de igualdad estas creaciones, sino que sostiene que el poema americano del XIX se desarrolla en paralelo al teatro del Siglo de Oro, anulando toda cronología. Evidentemente está empeñado en subrayar la condición hispánica de Martín Fierro, y en exaltar la riqueza cultural del universo panhispánico.

Ya Unamuno (1894) había encontrado en el poema de Hernández esa honda vinculación con lo hispánico (19):

Y, sin embargo, es un hermosura, una soberana hermosura, lo más fresco y más hondamente poético que conozco de la América española [...]

Hemos trazado toda esta noticia para que no parezca capricho la importancia que concedemos al Martín Fierro, para que se vea cómo una obra de extraordinario éxito en la Argentina, y sobre todo entre el pueblo, para el cual es y del cual procede, no ha entrado aquí donde se nos cuelan tantos neogongoristas, culteranos, coloristas, decadentistas, parnasianos, victorhuiguistas y otras especies de estufa venidas de Ultramar con su cargamento de terminachos quichuas, guaraní, araucanos, aztecas, toltecas o chichimecas.

¿Cómo libro de tan extraordinario éxito en la Argentina, que lleva más de veinte años de vida, apenas se habla de él en España? [...]

En Martín Fierro se compenetran y como que se funden íntimamente el elemento épico y el lírico; diríase que el alma briosa del gaucho es como una emanación del alma de la Pampa, inmensa, escueta, tendida al sol, bajo el cielo infinito, abierta al aire libre de Dios.

Mas veo que, saliéndome del terreno meramente estético, me meto por trochas y veredas muy escarpadas, cuando a Martín Fierro le basta con su hermosura, si bien, como toda hermosura honda, tiene dentro de ella el germen de la bondad y la verdad.

Tan le basta con su hermosura, que es lástima se empeñen muchos americanos en encomiarlo por motivos ajenos al arte, y lo que es peor, falsos y de mala ley.

En la Pampa alienta un pueblo acorralado, es cierto, por la civilización argentina, pero un pueblo total, íntegro, verdadero trasunto de nuestro pueblo español, cuando en éste brotaron los romances populares, y por esto ha podido allí brotar por ministerio de un hombre más culto que los gauchos, José Hernández, un poema popular gauchesco, Martín Fierro. Hoy que se concede atención a tantos artefactos literarios, ¿sería mucho pedir de los cultos que volvieran sus ojos a un poema popular, rudo, incorrecto, tosco y español hasta los tuétanos?

La vinculación del Martín Fierro con lo hispánico está referida a figuras cumbres, pero Azorín se ocupa muy bien de negarla en el caso de autores como el madrileño Alonso de Ercilla, quien en su poema La araucana, de 1569, describe el paisaje chileno, pero de un modo estático; al sostener ("En un palacio de Mansard", 26/9/1937) que no hay parentesco alguno entre la rapidez de imágenes del Martín Fierro y la lentitud de La araucana, agrega que sería como comparar el cinematógrafo con el antiguo diorama. Y volvemos a la rápida sucesión de imágenes del poema, de la que nos ocupamos al hablar del rasgo de belleza. Despunta en la comparación el interés que el séptimo arte despertó en Azorín desde un primer momento.

Comparación con Cervantes

La relación entre la obra de Hernández y el mundo hispánico cobra sin embargo su mayor fuerza en el artículo en que Azorín despliega sus coincidencias con el Quijote: "Cervantes y Hernández", 27/2/1938. Las hay externas y aparentes, y las hay muy profundas. Cervantes se entrega a la escritura de su novela como a un juego sin importancia. "Con idéntica actitud empieza a escribir José Hernández". Ni uno ni otro piensan en la segunda parte, porque todavía no son conscientes de la primera. Cervantes cree que su obra tendrá una utilidad social. Hernández cree que realizará una obra reivindicadora. Los dos se equivocan, afortunadamente. Sus creaciones alcanzan alturas que los creadores jamás se propusieron. Las que después serían primeras partes reciben por parte del público lector una atención con la que tampoco soñaron los autores, por lo que prácticamente se ven obligados a encarar, ahora sí, las segundas partes, que fueron buenas en ambos casos, porque todo es "más límpido, sereno y humano en las segunda parte del Quijote. Todo es más transparente, hondo y cordial en la segunda parte de Martín Fierro". También hay más dolor en ambas partes, "y toda obra grande es una obra de dolor". Azorín destaca que las obras fueron tomadas como festivo distraimiento en un primer momento, por parte de un público popular, cálido y espontáneo, pero que los sucesivos lectores, a lo largo de los siglos, han encontrado en ellas "la melancolía inefable que distingue a las creaciones maestras". Martín Fierro no puede estar quieto, como don Quijote no puede estar inmóvil, y estos temperamentos de los protagonistas otorgan carácter itinerante a las obras que encuentran en esa esencial característica su estructura de ficción. Ya hemos visto que por su riqueza espacial Azorín prefiere relacionar el poema de Hernández con todo el teatro de Lope. Paralelamente gusta de parangonar a Hernández y Cervantes en lo referido al tiempo: "Cervantes y Hernández nos dan la sensación profunda, inenarrable y desesperanzadora del Tiempo".

Hemos visto que los aspectos históricos, sociales y políticos que rodean al Martín Fierro no interesaron a

Unamuno ni a Azorín, quienes resaltaron la condición aristocrática del alma del gaucho, síntesis del alma de un pueblo que se inserta en un conjunto panhispánico de naciones.

Como demuestra Lozano (1996), para Azorín, en cuestiones artísticas, nada tiene más fuerza que una imagen, puesto que la imagen rescata la cosa del ámbito de la voluntad schopenhaueriana, dentro del que la creación se debate tan inútil como estérilmente, para transportarla al ámbito inmaterial de la idea. Las cosas "son" plenamente cuando se "dicen" plenamente. Azorín eligió el poema de Hernández para demostrar que gracias a él la pampa había encontrado su imagen, como la había encontrado la nación argentina. En 1939 estos artículos se reunieron en libro y se publicaron en Buenos Aires bajo el título de *En torno a José Hernández*. La dedicatoria de Azorín es significativa: "Al Exmo. Sr. Don Ezequiel P. Paz, que tan fervoroso culto rinde al gran poeta y que tanto ha hecho por su gloria en el gran diario argentino *La Prensa*".

Referencias bibliográficas

- Azorín (1922). *Don Juan*. Madrid, Rafael Caro Raggio.
- Azorín (1925). *Doña Inés*. Madrid, Rafael Caro Raggio.
- Azorín (1938). *Lecturas españolas*. Buenos Aires, Espasa-Calpe.
- Azorín (1939). *Españoles en París*. Buenos Aires, Espasa Calpe.
- Azorín (1939). *En torno a José Hernández*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Daus, Federico (1957). *Geografía y unidad argentina*. Buenos Aires, Nova.
- Gallardo, Jorge Emilio (2000). *El nacimiento del gaucho*. Buenos Aires, Idea viva.
- Güiraldes, Ricardo (1988). *Don Segundo Sombra*. Edición crítica Paul Verdevoye, Méjico, UNESCO Colección Archivos.
- Hernández, José (1943). *Martín Fierro*. 3 ed. Buenos Aires, Losada.
- Hernández, José (1947). *Vida del Chacho. Rasgos biográficos del general Ángel Vicente Peñalosa*. Buenos Aires, Antonio Dos Santos.
- Inman Fox, E. (1992). *Azorín: guía de la obra completa*. Madrid, Castalia.
- Kovacci, Ofelia (1961). *La Pampa a través de Ricardo Güiraldes. Un intento de valoración de lo argentino*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
- Lozano Marco, Miguel Ángel (1996). "Schopenhauer en Azorín. La «necesidad de una metafísica»". En: *Anales de literatura española*, n. 12, Alicante, Universidad de Alicante.
- Llorens García, Ramón (1999) *El último Azorín (1936-1967)*, Alicante, Universidad de Alicante.
- Riera, Carme (2007) *Azorín y el concepto de clásico*. Alicante, Universidad de Alicante.
- Unamuno, Miguel (1894). "El gaucho Martín Fierro". En: *La Revista Española*, Madrid, año I, n. I., págs. 5-22
- Zumárraga, Verónica (2010). *El jornalero de la pluma. Los artículos de Azorín en La Prensa*. Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- Zumárraga, Verónica (2004). "Don Quijote en La Prensa. Veinte artículos de Azorín". En: *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, Tomo 69, n. 273-274, págs. 193-212.

[Volver](#)

Notas

(1) Para el estudio de la totalidad de las colaboraciones de Azorín en *La Prensa* tuvimos que hacer una división y tomamos precisamente como límite de la primera etapa el último artículo enviado por Azorín desde Madrid al diario de Buenos Aires, antes de partir hacia París. Este artículo se publica el 15 de noviembre de 1936 y lleva el número 670 de nuestra catalogación. El estudio de esta primera parte está publicado: Zumárraga (2010). La segunda etapa, de la que nos ocupamos actualmente, empieza con el primer artículo enviado desde París y llega al último, publicado en 1951. La obra de Inman Fox (1992) nos resulta una herramienta de suma utilidad, pero se hace necesario consultar la fuente primaria en su totalidad para dar por buena la cifra total que él presenta: 980 artículos.

(2) Es notable que el primer artículo dedicado a José Hernández lleve un título que niega su existencia. El personaje de ficción que protagoniza este artículo le dice a Hernández que por haber captado tan bien el alma de un pueblo, en el futuro nadie creará que su poema es la obra de una individualidad, sino que es de varios, de muchos, de todo el pueblo. Elevar a Hernández a la categoría homérica es algo que hicieron exégetas de Martín Fierro como Leopoldo Lugones.

(3) "La primera parte del poema apareció en 1872. El autor narra la vida de un gaucho, Martín Fierro, llevado contra su voluntad a las fronteras. Esta vida resume la de todos los gauchos contemporáneos. En la leva de paisanos cae también Fierro; lo alistan en el contingente; es destinado a un fortín; aquí sufre privaciones y castigos; piensa en desertar y huye una noche; vuelve a su pago y no halla ni familia ni bienes; jura vengarse y

se hace gaucho malo; bebe y pelea, mata y se hace gaucho matrero; la policía lo persigue y lo busca en el pajonal donde se oculta; él la espera, facón en mano y se defiende contra todos; provoca la adhesión y ayuda del sargento Cruz, que mandaba la partida, los soldados huyen. Fierro y Cruz, escapando de la autoridad, cruzan la frontera y se amparan a la protección de los indios en el desierto.

El tema central de esta primera parte del poema es la persecución. Las fuerzas políticas y militares persiguen sistemáticamente al gaucho para emplearlo en el servicio de fronteras. Y de esto proviene la deserción, el alzamiento y la resistencia del gaucho, que siente atacada su libertad individual.

La segunda parte del poema apareció en 1879. En los siete años, que van corridos, los sentimientos y las ideas de Fierro han cambiado radicalmente. Esa experiencia del tiempo, la amargura y soledad en que vive desde la muerte de Cruz, las privaciones y sobresaltos de la vida entre infieles, mayores que en la frontera, y el dolor, en fin, de estar separado de la sociedad cristiana, le embargan la mente y el corazón y le deciden a abandonar cautelosamente el desierto para volver al seno de los suyos.

El tema central, pues, de la segunda parte es la asimilación a la vida regular y democrática, lo cual importa un renunciamiento del gaucho a su individualismo estéril y una nueva conciencia de vivir y trabajar en sociedad con los demás". Eleuterio Tiscornia en: Hernández (1943).

(4) José María Paz (1791-1854), Juan Cruz Varela (1794-1839), Esteban Echeverría (1805-1851), José Mármol (1818-1871), Carlos Guido Spano (1827-1918) y Joaquín Víctor González (1863-1923). Salvo el primero, en quien su carrera militar es más importante que su obra escrita, los restantes son escritores con actuación en los ámbitos intelectuales, políticos y universitarios. José Hernández (1834-1886). Eleuterio Tiscornia destaca sus siguientes datos biográficos: Periodista, escritor, político enrolado en las filas de un federalismo reformista, debió huir al Brasil, tras la derrota del jefe entrerriano Ricardo López Jordán en la batalla de Ñaembé. Al terminar la presidencia de Sarmiento en 1874, se incorporó como diputado a la Legislatura de Buenos Aires. Sostuvo la causa de la capitalización federal de Buenos Aires, triunfante al fin. Fue más tarde senador, y en 1884 tomó parte activa al lado de su amigo Dardo Rocha en la fundación de La Plata, capital de la Provincia. Sin embargo, su obra patriótica de mayor relieve consistió en mejorar la condición civil y política de aquella clase social que tanto conocía y quería, la del gaucho.

(5) Llorens (1999) estudia las buenas condiciones en que el escritor alicantino vivió en un elegante barrio de París los tres años de exilio.

(6) Otros errores son atribuibles solo a Azorín: el artículo titulado "Cruz Varela rectifica" (28/11/37) está indicando que nuestro autor entiende que el escritor argentino se apellida Cruz Varela y que su nombre es Juan, cuando lo cierto es que se llama Juan Cruz y su apellido es Varela.

Ningún argentino llamó nunca "Martín" a Fierro, como lo hace Azorín. En nuestro inconsciente colectivo el gaucho por antonomasia que es Martín Fierro, o se menciona con nombre y apellido, o se lo nombra "Fierro", pero nunca "Martín", que pareciera que lo debilita.

(7) Llorens (1999), pág. 29, emplea la expresión "estética del destierro" para referirse a la cualidad esencial de estos cuentos, escritos por Azorín para desahogar su angustia de exiliado y para responder a las exigencias del contrato establecido con el diario La Prensa.

(8) Zumárraga (2011). "La ficción como recurso", ponencia presentada el 25 de agosto de 2011 en el encuentro en Buenos Aires de los integrantes del programa "Intelectuales y científicos españoles en la Argentina, De la Patriótica y la Institución Cultural Española al exilio (1900-1950)", estuvo dedicada a la descripción de estos cuentos cuyos protagonistas son españoles que han huido de su país en guerra y se han refugiado en París.

(9) Daus (1957), págs. 87 y 88.

(10) Gallardo (2000), pág. 7: "Pareciera que centrar este trabajo en la Banda Oriental del Río Uruguay y en la segunda mitad del siglo XVIII es tarea reveladora, porque nos instala en el tiempo en que el personaje adquiere su perfil inconfundible, y nos coloca en el espacio de las conflictivas fronteras entre España y Portugal, castigadas pendularmente por el olvido y la zozobra".

(11) Güiraldes (1988). La dedicatoria comienza dirigiéndose al protagonista: "A usted, Don Segundo", porque efectivamente hubo un resero de ese nombre que habría inspirado a Ricardo Güiraldes en la creación del personaje.

(12) Kovacci (1961), pág. 163.

(13) Azorín publicó en La Prensa un buen número de artículos dedicados a Cervantes y el Quijote. Algunos de ellos están estudiados en Zumárraga (2004).

(14) Azorín (1938).

(15) Riera (2007), pág. 97.

(16) El 24 de mayo de 1978 Jorge Luis Borges dijo en una conferencia: "Nosotros hubiéramos podido elegir entre el Facundo de Sarmiento, que es nuestro libro, pero no; nosotros, con nuestra historia militar, nuestra historia de espada, hemos elegido como libro la crónica de un desertor, hemos elegido el Martín Fierro". Borges oral, 1980. La antinomia civilización-barbarie sigue latente en el siglo XX.

(17) "No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos". Carta de Sarmiento a Mitre, del 20 de septiembre de 1861, citada por Santos Pérez en el Estudio preliminar de: Hernández (1947). Se puede leer la carta completa en: http://www.citearea.com.ar/documentos_historicos

(18) Bartolomé Mitre fue Presidente de la República entre octubre de 1862 y octubre de 1868. Lo sucedió

Domingo Faustino Sarmiento (octubre de 1868-octubre de 1874).

(19) Unamuno (1894), págs. 5-22.

[Volver](#)

Resumen:

El trabajo analiza los nueve artículos que Azorín escribió para el diario La Prensa, de Buenos Aires, entre 1937 y 1938, dedicados al poema Martín Fierro y su autor, José Hernández. Previamente describe tanto la relación de Azorín con esa empresa periodística como su situación de auto exilio, durante la guerra civil. El hecho de estar circunstancialmente en París y de desconocer el escenario en que se desarrolló la vida de los gauchos, le inspiran la audacia de traer a la capital de Francia a José Hernández y su criatura, por lo que estos artículos son ficción pura. El escritor levantino destaca los valores estéticos del poema tanto como su condición hispánica, lo que lo lleva a relacionar el Martín Fierro con el Quijote y con el teatro de Lope de Vega. Pero el mayor aporte del poema consiste, según Azorín, en dotar a la pampa argentina de una serie de imágenes que componen el alma del paisaje y del pueblo que lo habita.

Palabras clave:

Azorín, José Hernández, Martín Fierro, La Prensa, panhispanismo, gaucho, Pampa, caballero.

Abstract:

This paper focuses on nine articles written by Azorín and published on La Prensa (Buenos Aires) in 1937 and 1938. They were devoted to the Argentine author José Hernández and his famous work Martín Fierro. The paper describes the relationship between Azorín and La Prensa, the most important newspaper in Argentina as well as the Azorín's circumstance of living exiled in Paris due to the Spanish civil war. In some of his articles, Azorín – playing a sort of intellectual game– imagines José Hernández and the gaucho Martín Fierro living in Paris as real aristocrats. In some others, Azorín explains why the Martín Fierro poem is so beautiful and compares it with the Quixote and even with the Lope de Vega's theatre plays. But, according to Azorín, the most important contribution of the Martín Fierro poem is the creation of Pampa's images, which show the soul of the landscape and his people.

Keywords:

Azorín, José Hernández, Martín Fierro, La Prensa, Pan Hispanicism, gaucho, Pampa, knight.

Fecha de recepción: 12/01/2012

Fecha de aceptación: 04/05/2012

[Volver](#)

Imprimir

Artículos

RELACIONES CULTURALES HISPANOARGENTINAS EN LA DÉCADA DEL VEINTE. UNIVERSITARIOS, INTELLECTUALES Y MAESTROS, UN DIÁLOGO A TRAVÉS DE REVISTAS ESTUDIANTILES

Luciana Carreño

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#) / [Fechas](#)

Introducción

Sagitario y El Estudiante

Hispanoamericanismo juvenil. Imágenes y representaciones de las "juventudes americanas" y de la "nueva España"

Consideraciones Finales

Referencias bibliográficas

Notas.

Introducción

Desde finales del siglo XIX y principios del XX, la importancia de las relaciones entre España y los países americanos fue objeto de atención de muchos políticos e intelectuales quienes elaboraron discursos y propuestas de acción para propiciar la revinculación de España con sus antiguas colonias. Dentro de este amplio movimiento hispanoamericanista, corrientes como el panhispanismo, hispanoamericanismo progresista, regeneracionismo, krausismo institucionalista, fueron algunas de las distintas variantes de interpretación sobre cómo se debían entender y encauzar las relaciones con América (Tabanera García, 1997).

Durante la dictadura de Primo de Rivera el hispanoamericanismo cobró mayor importancia a nivel oficial y se materializó en el desarrollo de las comunicaciones y las relaciones comerciales con los países americanos. En este sentido, se buscó el incremento de la acción diplomática y consular en América, la mejora y subvención de las líneas marítimas y el tendido del primer cable telegráfico directo entre España y América (Figallo, 2007: 26- 28). En líneas generales, estas iniciativas eran afines a un ideario panhispanista que buscaban rescatar el prestigio español en la afirmación del papel de Madre Patria frente a sus antiguas colonias, al compás de una activa política exterior que pretendía impulsarse (Delgado Gómez Escalonilla, 1992: 18)

Sin embargo, en paralelo a esa postura estatal surgieron actores contestatarios a este modo de encarar las relaciones con Hispanoamérica. Estas voces disidentes surgieron del incipiente movimiento estudiantil español que se formaba en aquellos años y encontraron un eco en los estudiantes americanos con quienes iniciaron un diálogo.

El presente trabajo se propone abordar las relaciones culturales hispanoamericanas en la década del veinte a través del análisis de las vinculaciones entre las juventudes hispanoargentinas representadas en las revistas universitarias *El Estudiante* (editada primeramente en Salamanca y luego en Madrid entre 1925-1926) y *Sagitario* (1925-1927) de la ciudad bonaerense de La Plata. Ambas publicaciones contienen especiales características que las destacaron dentro del nutrido arco de publicaciones del período.

Desde el lado español, la revista *El Estudiante* fue la voz pionera de un grupo de jóvenes que se opuso tempranamente a la política docente del dictador. Estos universitarios, minoritarios en un principio, fueron aglutinándose en las asociaciones universitarias y escolares que luego formaron la futura FUE (Federaciones Universitarias Escolares), protagonistas del estallido universitario entre los años 1928- 1930 (Francisco de Luis, 1994: 285). Asimismo, *El Estudiante*, revista que aspiraba a la reforma de la universidad española, tomó como modelo el movimiento de la reforma universitaria que se desarrollaba en América, especialmente en la Argentina lugar donde se había iniciado ese movimiento estudiantil en 1918. Desde la sección "América" la revista informaba sobre los reclamos y los líderes reformistas, algunos de los cuales actuaban a su vez como colaboradores de la publicación.

Por su parte, la revista *Sagitario* provenía de la Universidad de la Plata uno de los centros en donde, desde principios de siglo, se revalorizó el legado cultural hispanista y se promovió el intercambio científico con España (Prado, 2006: 79- 117). Asimismo, la revista bajo la dirección compartida de Carlos Sánchez Viamonte, Julio V. González y Carlos Américo Amaya, sobresalió por su elevada jerarquía intelectual y la presencia de destacados pensadores de habla hispana (Lafleur, Provenzano y Alonso, 2006: 122). Otro hecho que merece señalarse es que este emprendimiento editorial era representativo de un grupo generacional de intelectuales comprometidos con el movimiento de la reforma universitaria y vinculados al americanismo antiimperialista mediante asociaciones como la Unión Latinoamericana (ULA) y la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) (Rodríguez, 1999: 246).

El análisis de este diálogo apunta a un doble objetivo. Por un lado, se intenta estudiar los planteamientos de actores emergentes, como el de los intelectuales en su condición de universitarios y de críticos a un orden sociopolítico establecido. Se considera relevante rescatar estos debates porque han sido descuidados desde las

producciones historiográficas que tratan los años de la dictadura de Primo de Rivera, ya que, tal como señalan Víctor Fuentes (2006) y Ma. Teresa Gómez (2005). La mayoría de las historias culturales que tratan ese período se han centrado en el estudio entre el poder militar por un lado y los intelectuales y estudiantes burgueses y liberales por otro, dejando de lado la actuación de este grupo que estuvo a la vanguardia de la lucha en contra de la dictadura y en la promoción de acciones colectivas de unión entre intelectuales y clases trabajadoras (Fuentes, 2006: 55 y Gómez, M. 2005: 89).

Por otro lado, nos centramos en el estudio de las relaciones culturales hispano-argentinas de la década del veinte desde la visión de actores no estatales y ajenos a los discursos panhispanistas que se promovían desde los medios oficiales. En este sentido, el diálogo que se entabló entre las juventudes de Sagitario y El Estudiante tiene un carácter de descubrimiento y de reinterpretación de las identidades colectivas entre España y los países hispanoamericanos. De este modo, los directores de Sagitario afirmaron haber descubierto una "nueva España" diferente a "la España clerical y autoritaria" de la dictadura de Primo de Rivera (Sagitario, vol. I, año I, nro. 2, 1925: 254), mientras que los escritores de El Estudiante buscaron reivindicar esa imagen diferente de España frente sus interlocutores argentinos a quienes tomaron como referentes intelectuales para contraponer a la "casta de «intelectuales» dormilones y «polimomios»" que imperaban en las tertulias españolas (El Estudiante, I, (1ra. época) nro. 8, junio, 1925: 13).

Si bien el estudio de las proyecciones de la reforma universitaria argentina en el resto del continente americano ha sido objeto de varias investigaciones^[1], el tema de las vinculaciones entre los representantes de ese movimiento y los universitarios e intelectuales españoles no ha sido desarrollado con profundidad^[2].

De este modo se busca demostrar la hipótesis de que entre las juventudes universitarias representadas en las revistas El Estudiante y Sagitario se operó una transferencia cultural positiva a través de una reinterpretación de la imagen de una "nueva España" que permitió encarar las relaciones hispanoamericanas en un sentido progresista. Ese intercambio se generó gracias a una identificación generacional entre grupos estudiantiles hispano-argentinos que experimentaban un proceso de radicalización ideológica.

Sagitario y El Estudiante.

Si bien la aparición de estas revistas se dio de manera casi simultánea los contextos universitarios en los que surgieron eran muy diferentes. Este hecho ayuda a entender los contrastes entre ambos propósitos editoriales.

La revista Sagitario se incluyó dentro de un numeroso grupo de publicaciones argentinas que, en la década del veinte, exploraron el terreno de las ideas y prácticas estético literarias y pensamiento político filosófico (Lafleur, Provenzano y Alonso 2006: 122). Dentro de ese campo sobresalió por la presencia de destacados colaboradores del ámbito nacional como Alfredo Palacios, Jorge Luis Borges, Francisco Romero, Raúl Orgaz, Alberto Rouges, Ezequiel Martínez Estrada, entre otros. Asimismo del ámbito americano sobresalieron las firmas de José Vasconcelos, Baldomero Sanín, Juan Carlos Mariátegui, Raúl Haya de la Torre, junto con un grupo de exiliados peruanos que se encontraban en la Argentina desterrados por la dictadura de Augusto Leguía entre los que figuraron Eudocio Ravines, Oscar Herrera, Esteban Pavletich y Luis Heysen. Asimismo entre las publicaciones de la época, Sagitario fue la que más se destacó por la presencia de colaboradores españoles (Pereyra 1995), entre los que figuraron Luis Jiménez de Asúa, Gregorio Marañón, Julio Álvarez del Vayo, Augusto Barcia, Ángel Dotor, Guillermo de Torre y Wenceslao Roces.

Con el propósito de dar registro a las modernas tendencias del pensamiento los editores plantearon un doble imperativo: primero la revisión completa y radical de los valores que hasta diez años aquilataban los pueblos y simultáneamente la formación de un "repertorio de ideas claras y firmes" capaces de nutrir la vida de una época (Sagitario, t. I, año I, nro 1, mayo- junio 1925: 8). Sin embargo, a medida que se desarrollaron sus páginas logró ser más que eso al constituirse en un espacio de crítica y de elaboración de proyectos desde el cual los autores decidieron incursionar en el ámbito de la política partidaria. Para ello los autores contaban con experiencia de la militancia en el movimiento de la reforma universitaria, ello les proporcionaba tanto un discurso generacional de identificación intelectual como un compromiso de lucha en el cumplimiento de los ideales de la reforma que aún no estaban cumplidos, especialmente en lo que refería a la dimensión social de esas demandas^[3].

Distinta era la situación en el escenario español en el que nació El Estudiante, en España la dictadura de Primo de Rivera había generado un duro enfrentamiento entre el gobierno y un sector del mundo intelectual que era opositor a ese régimen (Queipo de Llano 1988: 17). Paralelamente se impusieron duras restricciones a la libertad de expresión, circunstancia que condicionó en reiteradas ocasiones la vida de la revista, cuyos artículos eran prohibidos o recortados por la censura. En ese contexto el semanario nació en un ambiente conservador como la universidad de Salamanca, bajo la dirección de Wenceslao Roces y Suárez, catedrático de Derecho Romano de esa casa de estudios. En su primera etapa, la revista contó tanto con la colaboración de destacados intelectuales como Adolfo Buylla, Luis de Zuleta, Luis de Santullano, Gustavo Pittaluga, Ramón del Valle Inclán, Leopoldo Alas Arguelles, Américo Castro, Gregorio Marañón, Enrique Martí Jara, Fernando de los Ríos, Fernando Felipe, Rodolfo Llopis y Luis Araquistain, así como la de jóvenes universitarios que hacían sus primeras incursiones en el mundo de las letras. Estos últimos cumplían la función de representar a la revista frente al público universitario a la vez que actuaban como corresponsales en distintas ciudades españolas^[4].

Frente al panorama que les imponía la dictadura y al apoliticismo que imperaba entre el estudiantado español, estos escritores aspiraron a que El Estudiante: "...sea el laboratorio y el hogar de una España mejor, la fragua que temple el alma de nuestras juventudes, de donde salgan las nuevas generaciones capaces de modelar un pueblo con vida social orgánica de esta triste masa amorfa que es hoy como ayer nuestro país" (El Estudiante, año I, (1ra época), nro. 1, 01/05/1925)

La vinculación entre ambas revistas se evidenció desde el principio en un intercambio de saludos entre ambas empresas editoriales, pero más allá de esto la relación siguió activa en una comunidad de temas y colaboraciones compartidas. El primer punto de unión fue el tema de la reforma universitaria. En esa materia los estudiantes españoles criticaban una serie de obstáculos para su implementación tales como: el perfil de

formación profesional y el carácter clientelar del sistema educativo (García de Diego, "Sed jóvenes", El Estudiante, I, 1ra ép., nro. 1, 01/05/1925; Roces 1925, "Balada del pobre catedrático universitario" (con estrambote), El Estudiante, I, 1ra ép., 01/05/1925, nro. 1 y Pittalluga (1925), "Qué es una universidad", El Estudiante, I, 1ra época, 24/05/1925, nro. 5), la apatía y el adormecimiento de la clase escolar^[5], la falta de renovación intelectual y científica (El Estudiante, I, 1ra ép, 01/05/1925, nro. 1), insuficiencias de recursos estatales en el presupuesto educativo (Criado y Manzano 1926, "Pauperismo Cultural", El Estudiante, II, 2da ép., nro. 5, 03/01/1926) deficiencias del sistema de "oposición" para la renovación de cátedras (El Estudiante, I, 1ra ép., nro. 3, 17/05/1925) y principalmente el tema de la libertad de enseñanza. Esta última cuestión hacía referencia al proyecto oficial de dar reconocimiento a la educación impartida en centros de enseñanza privados de carácter confesional^[6]. Es importante señalar que estos reclamos fueron antecedentes de las protestas que movilizaron el conflicto estudiantil en 1928 a raíz del intento de reforma a cargo del ministro de educación Eduardo Callejo^[7].

Sin embargo entre 1925 y 1926 la recepción del estudiantado español estaba aún lejos de hacerse eco de estas demandas, es por ello que frente a un panorama universitario que juzgaban apático y atrasado los escritores de El Estudiante tomaron como referencia al movimiento estudiantil argentino:

"Los únicos que podrían turbar un poco esta dulce siesta del hidalgo raído serían los estudiantes; pero para éstos —y razonablemente, tal como hoy están las cosas— la Universidad es estación de ruta; sólo van allí a coger, lo más aprisa posible, el "aprobado", para seguir adelante. (...) La juventud estudiantil española, si tiene un poco de conciencia de su misión, laborará tenazmente hasta imponer la medida libertadora, como impusieron con valiente gusto las juventudes libres de la Argentina." (Roces 1925, "Libre docencia", El Estudiante, II, 2da. ép, nro. 5, 03/01/1926).

Desde el lado argentino el reconocimiento de El Estudiante fue respondido con otro semejante en el que se señalaba el valor de ese testimonio como representante de una voz progresista dentro de un panorama español al que se juzgaba reaccionario:

"...no sin intensa satisfacción un órgano de publicidad puesto al servicio de los ideales de la nueva generación argentina, puede ver ratificados por la opinión madura de un profesor exponente del pensamiento nuevo de España, como el señor Roces, los postulados con que la juventud universitaria de la Argentina promovió e hizo triunfar el gran movimiento de la Reforma Universitaria" (Sagitario, II, año II, 5, enero- marzo 1926: 245).

Sin embargo, esto no implicaba que los estudiantes de la Argentina estuvieran conformes con la situación universitaria. Allí el problema no era el de la apatía estudiantil sino el de los cuestionamientos sobre la de implementación la reforma; de este modo en Sagitario se denunciaban las acciones contrarreformistas estrictamente universitarias como la falta de publicidad de los actos académicos (Gabriel del Mazo (1925), Sagitario, I, 1, junio) o la falta de renovación de las autoridades (Sagitario, II, 8, jul- agosto, 1927). En un nivel más amplio figuraron las críticas contra los obstáculos que impedían cumplir con el destino americanista de la reforma, es decir, el imperialismo de los Estados Unidos, el militarismo y la presencia de regímenes conservadores en América. Estos temas eran los que conectaban a la revista con las publicaciones y autores de una red de pensadores de izquierda de los años veinte (Devés Valdés, 2000). Asimismo las críticas al militarismo se extendían más allá del suelo americano pues se denunciaba también el avance de la derecha en el panorama de la posguerra europea especialmente en España^[8].

Sin embargo, en ambos grupos el tema de la implantación o de la implementación de la reforma dio pie a cuestionamientos que excedían los asuntos estrictamente académicos; en este sentido el tema sobre el rol del intelectual universitario frente a la cuestión social y el de su intervención en política fueron dos cuestiones en las que es posible encontrar similitudes y correspondencias.

El planteo de la cuestión social fue uno de los tópicos recurrentes en las páginas de Sagitario, en los varios escritos que se dedicaron a este tema se observa una crítica hacia la universidad como instrumento de un régimen económico y social, llamado a veces liberalismo o estado capitalista, considerado como injusto^[9]. En un artículo de Julio V. González titulado "Extensión universitaria" se puede leer el contenido de esa crítica en términos resumidos:

"Los programas de enseñanza y los puntos de investigación, cuando los hay, se mantienen rigurosamente dentro del concepto fetichista del Estado, de la propiedad privada, del monopolio de los bienes de producción, de la explotación del trabajo, manteniéndose así la universidad como el sostén de las clases beneficiarias del poder" (Sagitario, vol. III, II, 7, oct.- nov., 1926: 29-44)."

En base a este problema genérico los autores denunciaron los distintos males aún no resueltos de la universidad "burguesa" y plantearon soluciones al respecto. La universidad aparecía así como expendedora de títulos, de espaldas a los intereses de la masa social y formadora de profesionales sin sentido de cultura. Como contrapartida las propuestas del cambio enfatizaban en la necesidad de profundizar una auténtica extensión universitaria y de reformular los programas de enseñanza de las ciencias sociales y jurídicas al servicio de las cuestiones sociales (Cosco Montalvo, 1926, Sagitario, vol. II, II, 6). En este sentido, resulta interesante el llamamiento de Carlos Sánchez Viamonte a abandonar los esfuerzos estériles de reformar la universidad oficial para en su lugar formar una universidad nueva fruto de la asociación libre y espontánea de los universitarios e independiente de la influencia del Estado individualista y de la intriga politiquera (Sánchez Viamonte 1926, Sagitario, vol. II, II, 6: 390- 395).

Paralelamente, la crítica social y las aspiraciones de extender los planteos de reforma fuera de la universidad fue un tema de preocupación para los escritores de El Estudiante. En esa materia también pretendieron ser émulo

de los argentinos y señalaban que “bien a diferencia de lo que en las nuestras acontece, en las Universidades de la América Latina —las mismas páginas de «Sagitario» lo proclaman como título de gloria— se ha localizado el gran movimiento de reconstrucción social” (El Estudiante, I, 1ra ép., julio 1925, 10). Es interesante notar que el uso de la imagen de ejemplaridad atribuida al movimiento estudiantil argentino se utilizaba casi siempre como una especie de provocación en contraste con la pasividad del movimiento español. El empleo de esta representación, se lee especialmente en otro artículo titulado “Significado social de la reforma universitaria” referido a un trabajo de Julio V. González en el que el director de Sagitario hacía un recorrido sobre la idea social en el devenir de la reforma:

“En una juventud bien distante de esta falsa «juventud» de nuestras falsas Universidades: páramo de señoritismo, de haraganería, de hastío mortal, pasto de jesuitas y prostíbulos. (...) En los linderos de las aulas, los ideales interiormente universitarios cedieron, pues, ante los ideales generales del pueblo, encendidos en la conciencia colectiva; y la repudiación revolucionaria de los dogmas de orden y de autoridad, proclamada dentro de la Academia, trasciende ahora a postulado del pueblo todo y a grito de combate contra oligarquías y despotismos. (...) Esta identificación de ideales entre el estudiante y el obrero, acicate de una lucha común, sellada por cinco años de persecuciones y de luchas comunes, es una de las enseñanzas más luminosas del movimiento estudiantil argentino.” (El Estudiante, año I, 1ra ép., 13, julio 1925)

En ese artículo se resaltan los ideales del movimiento argentino que generaron inspiración en El estudiante y que tuvieron cada vez más impronta en las páginas de esa publicación: la idea de la universidad como laboratorio del pensamiento para el cambio social y la redefinición del papel del estudiante/intelectual en relación a la clase obrera. Estos planteos, presentes durante la etapa salmantina, fueron ganando relevancia en la segunda época de la revista en la medida en que se fue dejando de lado el tono más reformista de los primeros escritos por otro cada vez más combativo en contra de la dictadura.

El cambio en la dirección se debió a las dificultades de Roces y del grupo editorial de llevar adelante la revista en un contexto hostil caracterizado por la censura militar, presente desde el primer número, y la falta de ambiente en una ciudad como Salamanca donde el tradicionalismo y los valores más conservadores eran dominantes (Francisco de Luis 1994: 294). La conducción fue delegada en Rafael Giménez de Siles, uno de los corresponsales de Madrid, allí la revista llegó a publicar trece números que contaron con los aportes de José Antonio Balbontín, Álvaro Albornoz, Ángel Ossorio y Gallardo, José Vasconcelos, Alfredo Palacios, Ramón del Valle Inclán entre otros. Asimismo la revista contó con una nómina de colaboradores que incluía a los principales nombres de la intelectualidad española, en ese sentido figuraban Alberti, Álvarez del Vayo, Araquistain, Azaña, De los Ríos, Domingo, Negrín, Ortega y Gasset y Unamuno, entre otros.

Sin embargo lo que interesa destacar en este estudio es el cambio en el tono ideológico de la publicación cada vez más radical en sus aspiraciones de cambio social y de “despertar conciencias” en el aletargado ambiente estudiantil español. Varios puntos sobresalen en este aspecto, en primer lugar se observa un progresivo llamado a la acción política por medio de una crítica al intelectual tradicional quienes según denunciaban tenían ya intereses de clases constituidos, intereses gremiales que los incapacitan para toda cruzada de redención social^[10]. En segundo lugar, la redefinición del concepto de intelectual se realizó desde una ampliación del concepto del estudiante, más allá del discurso de incluir al intelectual como obrero del pensamiento^[11]. Simultáneamente se lo consideró también al obrero como estudiante en base a que el deseo de saber, curiosidad por la ciencia, el arte y la política, (que) hacen al estudiante. Se encuentra éste en el obrero^[12]. En este sentido los autores, si bien criticaron el carácter asistencialista y deficiente con el que se practicaba la extensión universitaria^[13], reconocieron la labor de aquellos centros de capacitación cultural que promovían la unión entre intelectuales y obreros tales como La Escuela Nueva de Núñez Arenas^[14]. En tercer lugar, tanto en el enfoque socialista que se planteaba en los distintos artículos así como en la difusión de las obras clásicas de autores marxistas, la revista contribuyó a actualizar la oferta ideológica del campus universitario madrileño influido en gran parte por asociaciones estudiantiles de confesión católica como la Asociación de Estudiantes Católicos. Finalmente, realizaron un diagnóstico sobre los problemas de España, en base a la modificación de los regímenes de propiedad^[15].

Paralelamente este cambio de tono fue advertido en Sagitario, en donde se publicó una reseña sobre la reaparición de El Estudiante en la que se denunciaba la censura que debía afrontar ese periódico estudiantil:

“Después de un breve descanso, el grupo que más honra en estos momentos a España, (...) vuelve a la brecha y sigue la ruda lucha emprendida (...) contra dictadorzuelos que afrontan a la cultura y que lesionan los más elementales principios de verdad. (...) Sigán hasta donde puedan los dictadores, los representantes de la España digna, para América y para los hombres libres, no están en los ministerios, están en El Estudiante; están por sobre las miserias dictatoriales. Con el nuevo espíritu toda nuestra solidaridad!”^[16].

Por lo tanto, se interpreta que la afinidad entre ambas revistas se debió principalmente a una identificación generacional caracterizada ideológicamente en posiciones de izquierda. Al respecto los redactores de Sagitario se identificaban como miembros de una nueva generación caracterizada por la solidaridad obrero-estudiantil, un compromiso con la cuestión social y una identificación que compatibilizaba la condición de intelectuales universitarios con los intereses del “pueblo”. Según Juan Carlos Portantiero la teoría de la “joven generación” nació como teorización de la experiencia política al inicio de la militancia por la reforma, cuando la causa estudiantil recibió el apoyo de los sectores obreros y, aún antes de estos episodios fue ayudada por el clima ideológico de la época, que permitía descubrir la “cuestión social” como problema clave iluminado por la Revolución Rusa^[17]. En similitud con estos enfoques los jóvenes de El Estudiante representaban a un grupo generacional, denominado según Víctor Fuentes (2006) como la “otra generación del 27”, porque a diferencia de la generación del 27

(también conocida como generación de la pureza) manifestaron un fuerte deseo de intervenir en la vida pública, y optaron, en materia estética, por el estilo literario de la novela social. Asimismo, este grupo fue pionero en introducir un análisis marxista en el movimiento estudiantil español y establecer la conexión entre cuestiones universitarias y cuestiones políticas[18]. Por otro lado, ambas revistas pertenecían al ambiente universitario y sus autores provenían de la pequeña y mediana burguesía[19]. Paralelamente compartieron admiración por los mismos referentes intelectuales, en ese sentido Miguel de Unamuno, Alfredo Palacios, José Vasconcelos fueron los principales maestros espirituales que figuraron en sus escritos. Por último, en ambos casos se manifestó un fuerte deseo de intervenir en la vida pública, así desde la revista argentina puede leerse un llamado por el que se instaba a: "Que la Nueva Generación abandone su desprecio olímpico por la política y se mezcle en la brega, aunque manche con lodo la inmaculada pureza de su túnica[20]". Tales llamamientos se repetían en la publicación madrileña ello se explica, tal como ha señalado Fuentes (2006), porque este grupo vivió la catástrofe de Annual como un episodio de resonancia nacional similar al desastre del 98, y que ello implicó para algunos la convicción de que había que transformar el estado oligárquico español[21].

Por lo tanto a través de estas experiencias periodísticas estos grupos juveniles experimentaron un proceso de radicalización ideológica que en ambos casos comprometió a sus actores a intervenir directamente en la acción pública. De este modo, en el caso argentino los escritores de Sagitario promovieron la creación de un partido, denominado Partido Nacional Reformista, para representar a los ideales del movimiento reformista en el contexto de crisis política que experimentaba la Argentina durante la segunda presidencia de Hipólito Yrigoyen[22]. Paralelamente los principales miembros de la redacción de El Estudiante se destacaron como líderes estudiantiles en las protestas que contribuyeron al fin de la dictadura y posteriormente como activos propagandistas a favor de la II República[23].

Hispanoamericanismo juvenil. Imágenes y representaciones de las "juventudes americanas" y de la "nueva España"

Esta afinidad de pensamientos se dio en medio de un redescubrimiento entre ambos grupos estudiantiles quienes pretendieron encauzar de un modo progresista las relaciones entre sus respectivos países. De este modo sus críticas y propuestas de intercambio representan discursos alternativos dentro de los debates identitarios en torno al tema del hispanoamericanismo. En este sentido es interesante notar que para el caso argentino ese interés por España tuvo visos de novedad y que la valoración por los temas de la península se dio gracias a la mediación de El Estudiante:

"Hablando con franqueza, España no nos interesaba hasta el momento presente. (...)La de Unamuno comenzó a interesarnos y la que asoma ahora, revelándose en la obra juvenil y universitaria, nos ha conquistado definitivamente (...). Cada vez que llega un número de "El Estudiante", lo leemos con irreprimible emoción. En ese noble periódico (...) hemos descubierto una España que no conocíamos y ¿porqué no decirlo?- que no sospechábamos[24].

Por lo tanto, en la lectura de ambas revistas se puede observar una redefinición del concepto de Hispanoamérica en el que sobresalieron algunas características. En primer lugar, la formación de un doble imaginario con el que ambos grupos juveniles se identificaron como interlocutores. Como ya se ha reflejado en los testimonios citados, para los argentinos los españoles de El Estudiante eran vistos con admiración como grupo minoritario dentro de España en cuanto encarnaban un ideal de compromiso en el marco de una dictadura autoritaria, a la vez que se los rescataba como representantes del pensamiento nuevo en España. Por otra parte, para los españoles los universitarios argentinos eran reconocidos como precedentes y modelos en el de reforma educativa y de extensión social del movimiento estudiantil fuera de las aulas[25].

En segundo lugar, ambos grupos denunciaron la presencia de un falso hispanoamericanismo, relacionado con la política exterior de la dictadura respecto a América, al que criticaban por sus contenidos comerciales y políticos ajenos al verdadero intercambio espiritual del que estos grupos se consideraban partícipes. Así desde El Estudiante se aludía a la presencia de un verdadero hispanoamericanismo como "un ideal idealista de humanidad, que difícilmente podrán comprender los mercaderes de la política y de las letras que han hecho del americanismo pabellón de su marina mercante[26]". Paralelamente desde Sagitario las denuncias en contra del falso intercambio con España por lo general iban en contra de los distintos defensores del régimen de Primo de Rivera (en especial en la persona del embajador español Ramiro de Maeztu[27]) pero también en el nivel cultural en contra de aquellos intelectuales de la generación del 27 que se arrogaban un protagonismo en la polémica por el "meridiano intelectual de Hispanoamérica"[28].

En tercer lugar, estas críticas eran acompañadas de propuestas alternativas sobre cómo implementar una relación de genuino intercambio. Así por ejemplo, en El Estudiante un artículo del uruguayo Oscar Cosco Montalvo planteaba la necesidad de implementar la reforma universitaria en su país tomando como ejemplo el compromiso del estudiantado argentino, a la vez que invitaba a los españoles a participar del intercambio intelectual realizado entre Uruguay y la Argentina[29]. De este modo, se advierte la presencia de una red de temas y personajes en común, ya que Cosco Montalvo era a su vez colaborador de Sagitario y el intercambio al que refería en su artículo de El Estudiante había sido reseñado en Sagitario a raíz de la participación de Sánchez Viamonte, Carlos Américo Amaya y Pedro Verde Tello en esa iniciativa[30].

El intercambio estudiantil también fue alentado desde El Estudiante mediante el apoyo hacia la Federación de Estudiantes Hispanoamericanos. Esta asociación tenía como antecedente a la Juventud Hispanoamericana fundada en Madrid en 1919 como plataforma de estudiantes americanos residentes en España y posteriormente dio lugar a la más activa Federación Universitaria Hispanoamericana, regida por el patronato de Estudiantes Hispanoamericanos, éste creado dentro de la Unión Iberoamericana[31]. En este sentido, El Estudiante informó sobre sus autoridades y dedicó a Manuel Pulido, un estudiante venezolano exiliado del gobierno de Juan Vicente Gómez, al seguimiento de sus actividades[32].

Sin embargo, también se advirtieron las faltas de condiciones para poder realizar este ideal de acercamiento. El principal de estos obstáculos era la dictadura y la incompatibilidad entre la imagen progresista que se pretendía exportar hacia América y la reaccionaria que emanaba de los representantes y discursos oficiales. Ese contraste se evidenciaba en un artículo de El Estudiante titulado "El único hispanoamericanismo y su actual imposibilidad", en donde se señalaba cómo debían ser la imagen de la nueva España que debía imperar en la política del hispanoamericanismo: Consistirá en hacerles oír una España rica en valores espirituales. Un país de dignidad civil, de sensibilidad contra la injusticia. De empuje intelectual. Un país de libertad, donde se respetara el derecho y no se vejara al ciudadano.(...) aunque en contratase se advertía que:

"Las repúblicas de América tendrán, por los representantes que España les envía, triste idea, pero exacta de cómo en nuestro mundo oficial se cultiva el hispano-americanismo. Esos Embajadores se sienten siempre más embajadores de Su Majestad que no de las inquietudes de la nación española. Reflejan así el medio en que viven y de donde proceden. Es un medio de mentira patriótica, de necia creencia en la superioridad nacional. Un medio que aplaude toda violencia autoritaria, lleno de encono contra la democracia de santo odio a la inteligencia, de «chamorrismo» y chabacanería.[33]

Otros inconvenientes provenían de la deficitaria infraestructura de las comunicaciones, así en 1926 se tendió el primer cable telegráfico entre España y la península[34]. Ello daba lugar a demoras en la información y desconocimientos sobre los hechos americanos. En este sentido si bien El Estudiante no estuvo exento de algunas impresiones, como confundir la nacionalidades de Carlos Sánchez Viamonte y de Haya de la Torre, se destacó en difundir noticias sobre los acontecimientos de los países americanos entre el público universitario español que se encontraba hasta entonces ajeno a este tipo de informaciones.

Esa falta de condiciones hacía que en la práctica el hispanoamericanismo afín a estas juventudes se diera por redes informales de sociabilidad en las cuales algunos intelectuales desempeñaron el papel de mediadores culturales. En el marco de este estudio es necesario destacar los casos de Alfredo Palacios, Luis Jiménez de Asúa, Mario Sáenz quienes intermediaron entre las juventudes universitarias llevando mensajes de solidaridad en los viajes que realizaban con fines académicos. En este sentido resulta paradigmático el mensaje de Alfredo Palacios, quien era por entonces decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y considerado uno de los "maestros de la reforma", dirigido a los "jóvenes universitarios de Iberoamérica" en el que alentaba la propuesta de trazar las líneas directivas de una confederación iberoamericana[35]. Prueba de la labor mediadora de este mensaje fue la amplia repercusión que contó entre los círculos estudiantiles tanto de España como de América y que, asimismo, fue considerado en las páginas de El Estudiante como un ejemplo representante del verdadero hispanoamericanismo[36].

Por su parte Luis Jiménez de Asúa fue colaborador de la revista Sagitario y reconocido públicamente como guía espiritual en las páginas del El Estudiante. En la década del veinte realizó tres viajes a la Argentina en 1923, 1925 y 1929 en esas oportunidades se desempeñó como conferenciante en las universidades de Buenos Aires, La Plata, Córdoba y Rosario. En estos viajes pudo ejercer una función mediadora a doble escala. Así frente a los auditorios argentinos, además de disertar sobre su especialidad en ciencia penal, actuó como propagandista de una versión progresista del hispanoamericanismo propia de los opositores al régimen de la dictadura[37], y paralelamente de regreso a España difundía las impresiones de sus viajes especialmente entre las juventudes universitarias entre las cuales gozaba de gran popularidad. Es interesante notar el contenido de esa transferencia pues coincide con la representación del alumnado argentino que figura en las páginas de El Estudiante en cuanto que resaltaba el activismo y participación en la vida universitaria en contraste con la apatía reinante en los claustros españoles[38].

Finalmente la visita de Mario Sáenz, decano de la facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, como conferenciante en la Universidad de Madrid en 1925, ejemplifica tanto los ambientes de sociabilidad en los que se operaban esas transferencias culturales y así como las dificultades que acompañaban esos encuentros, pues la censura oficial se mostró estricta respecto a la trasmisión y difusión de las actividades del catedrático[39]. Sin embargo pese a estas restricciones en las páginas de El Estudiante se pudo publicar una crónica de la estada del profesor porteño en la que se destaca su función mediadora a favor del rescate de la nueva España:

"Mario Sáenz dijo en su discurso la visión de esta España de hoy y la que en su juventud alborea y prometió que a su regreso a la Argentina iniciaría una campaña para comunicar a la intelectualidad de su país las impresiones de estas horas vividas a nuestro lado y para interesarla en nuestras luchas y en nuestros afanes.[40]"

Consideraciones Finales

Más allá de las distintas circunstancias que rodearon la vida de El Estudiante y de Sagitario se pudo establecer un diálogo basado en una identificación generacional y en un mismo proceso de radicalización ideológica que experimentaban los grupos estudiantiles de esas publicaciones. En este sentido, las críticas que realizaron hacia la universidad fueron el punto de partida para abordar cuestiones más profundas como la redefinición del papel del intelectual como agente para operar el cambio social, los cuestionamientos de las estructuras de propiedad y de la educación superior como una herramienta funcional a un determinado orden económico.

Paralelamente esta identificación favoreció una reinterpretación de las relaciones hispanoamericanas. Por un lado los estudiantes españoles buscaron proyectar hacia América una imagen progresista de España como un modo de acercamiento y de búsqueda de solidaridad en las juventudes argentinas en el marco de aislamiento que afrontaban los jóvenes de El Estudiante en su lucha en los medios universitarios y contra la dictadura. Por su parte en Sagitario, el descubrimiento de una "nueva España", gracias a la mediación de El Estudiante, se manifestó en un mayor interés por los acontecimientos y la producción cultural de la intelectualidad hispana que

era contestaria al régimen. De este modo el caso estudiado ejemplifica una transferencia cultural positiva dentro del imaginario hispanoamericanista de signo progresista que conservó su vigencia aun en años posteriores al periodo estudiado. Así estas aproximaciones ayudan a entender tanto las solidaridades de un sector de la intelectualidad argentina hacia el proyecto de la II República como los antecedentes de la radicación de intelectuales españoles en la Argentina a raíz del exilio que se generó con motivo de la guerra civil española.

[Volver](#)

Referencias bibliográficas.

- A.M.D.G (1925), "Libertad de enseñanza", *El Estudiante*, año I, (1ra época), nro. 6, 06/1925, Salamanca.
- Brunner, J. Joaquín, (1990) *Educación superior en América Latina: Cambio y desafíos*, Santiago de Chile, F.C.E.
- Cosco Montalvo, Oscar (1926), "Orientaciones universitarias" *Sagitario*, t. II, año II, nro. 6 abril- agosto, La Plata.
- Criado y Manzano, E (1926), "Pauperismo Cultural", *El Estudiante*, año II, (2da época), nro. 5, 03/01/1926, Madrid.
- De Antequera J.(1926), "Una réplica más sobre los estudiantes y la política", *El Estudiante*, año II, (2da época), nro. 8, 24/01, Madrid.
- Delgado Gómez Escalonilla, L. (1992), *Imperio de Papel. Acción cultural y Política Exterior durante el Primer Franquismo*, Madrid, Consejo Superior de investigaciones Científicas.
- Del Mazo, G (1925a), "Al sr. Pte. de la Universidad de La Plata", *Sagitario*, año I, nro. 1, junio, La Plata.
- De Luis F., Martín, (1994), "La juventud rebelde frente a la dictadura" en 50 años de cultura obrera en España, 1890- 1940, Madrid, Fundación Pablo Iglesias.
- Devés Valdés, Eduardo (2000.) *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*; Tomo I, Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950), Buenos Aires; Biblos.
- Figallo, B. (2007), *Diplomáticos y Marineros argentinos durante la crisis española. Los asilos de la Guerra Civil*, Bs. As., Librería Histórica.
- Fuentes, V. (2006), *La Marcha del pueblo en las letras españolas. 1917- 1936*, 2da ed., Madrid, Ed. De la Torre, p. 55 y Gómez, María Teresa (2005), *El largo viaje: política y Cultura en la evolución del Partido comunista español. 1920- 1939*, 1ra ed. Madrid, Ed. De la Torre.
- García de Diego, V., "Sed jóvenes", *El Estudiante*, año I, (1ra época), nro. 1, 01/05/1925, Salamanca;
- Jiménez de Asúa, L (1923) "Palabras a los estudiantes españoles en entrega de mensajes argentinos" (Conferencia), 23/10/1923, ALJA-434-12. ESCRITOS, X- 1923.
- Joveux, B. (2002), "Les transferts Culturels .Un discours de la méthode", dans *Hypothèses*, année 2002, numéro 1, pp. 149-162. disponible en: <http://cour-de-france.fr/article1316.html>
- Lafleur, H, Provenzano, S. y Alonso, Fernando, (2006), *Las revistas literarias argentinas (1893- 1960)*, (1ra ed), Bs. As., El 8vo loco.
- Pedroso, M (1925), "El único hispanoamericanismo y su actual imposibilidad", *El Estudiante*, año I (1ra época), nro. 10, 07/1925, Salamanca.
- Pereyra, Washington Luis (1995), *La prensa literaria argentina (1870- 1974)*. T. II Los años rebeldes (1920-1929), Bs. As., Librería Colonial.
- Prado, Gustavo H.(2006), "Oviedo y La Plata. El diálogo entre el reformismo liberal español y argentino en torno a la problemática Hispano-americanista" en Cagiao Vila, Pilar y Rey Tristán Eduardo (coords.) *Aproximaciones al americanismo entre 1892 y 2000*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2006.
- Pittalluga G. (1925), "Qué es una universidad", *El Estudiante*, año I, (1ra época), 24/05/1925, nro. 5, Salamanca.
- Portantiero, Juan Carlos, (1978), *Estudiantes y política en América Latina 1918- 1938*, Bs. As., Siglo XXI.
- Queipo de Llano, Genoveva (1988), *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Ribera*, Madrid, Alianza
- Roces W. (1925a), "Balada del pobre catedrático universitario" (con estrambote), *El Estudiante*, año I, (1ra época), 01/05/1925, nro. 1.
- Roces (1925b), "Libre docencia", *El Estudiante*, año II, (2da. época), nro. 5, 03/01/1926, Madrid.
- Rodríguez, F. D., (1999), "Inicial, Sagitario y Valoraciones. Una aproximación a las letras y a la política de la Nueva generación americana." 217- 247 pp. En Saúl Sosnowski (ed.) *La Cultura de un siglo: América Latina y sus revistas*, Bs. As., Alianza.
- Sánchez Viamonte, C. (1926), "La universidad frente a la cultura", *Sagitario*, t. II, año II, nro. 6, abril- agosto 1926, pp. 390- 395.
- Sepúlveda Muñoz, Isidro (1994), *Comunidad cultural hispanoamericana, 1883- 1936*, Madrid, UNED.
- Sepúlveda Muñoz, I. (2005), *El sueño de la madre patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos, 2005.

Notas

[1] La proyección continental del movimiento universitario iniciado en Córdoba quedó documentada desde sus inicios por Del Mazo, Gabriel (comp.) (1926), La reforma Universitaria. Tomo VI Documentos relativo a la propagación del movimiento en América Latina (1918- 1927), Bs. As., Círculo Médico argentino y Centro de Estudiantes de Medicina, pp. 5- 456. Asimismo el estudio de Portantiero, Juan Carlos, (1978), Estudiantes y política en América Latina 1918- 1938, Bs. As., Siglo XXI, se ha convertido en un referente para la investigación del tema que paralelamente ha sido tratado desde congresos universitarios en Borrero, Alfonso (1994), "La universidad latinoamericana. La reforma de Córdoba", en Simposio permanente sobre la Universidad, Sexto seminario general (1992-1994), Santa Fe de Bogotá, Asociación colombiana de universidades, y en artículos especializados como el de Bergel, Martín, (2007) "Latinoamérica desde abajo. Las redes universitarias de la reforma universitaria." disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/libros/grupos/reforAboit/17bergel.pdf> y Bergel Martín y Ricardo Martínez Mozzola (2010), "América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930) en: Carlos Altamirano (dir.) (2010), Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la ciudad letrada en el siglo XX, Bs. As., Katz Ed., pp. 119-145.

[2] Si bien las vinculaciones entre españoles y argentinos en la coyuntura de la reforma y la dictadura primorriverista no han sido trabajadas de modo exhaustivo, el tema ha sido tratado en el contexto de los estudios de la reforma universitaria; entre estos trabajos se destacan las investigaciones de Biagini, Hugo (1992) Historia ideológica y poder social, T. II, Bs. As., CEAL; Biagini, Hugo (Comp.) (1999), La Universidad de La Plata y el movimiento estudiantil. Desde sus orígenes hasta 1930. La Plata, UNLP y especialmente en Biagini, H. "La Reforma Universitaria entre España y la Argentina (1990/1930)" publicado en la revista Desmemoria, nro. 3 nov/dic. 1995- enero 1996, Bs. As.; en donde se reseñan las situaciones, corrientes de pensamiento, entidades y figuras de origen español que resonaron en las ideas y accionar de los líderes estudiantiles argentinos. Recientemente se han hecho alusiones a estos contactos en la tesis publicada por Graciano, Osvaldo Fabián (2008), Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina. 1918- 1956, (1ra ed.), Bs. As., Universidad Nacional de Quilmes. Por otra parte, el estudio de estos contactos a partir de las revistas fue trabajado por Vázquez, Karina, (2003), "De la modernidad y sus mapas. Revista de Occidente y la Nueva Generación en los años veinte", Revista de Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe, Universidad de Tel Aviv, vol.14, nro. 1, enero- junio. Paralelamente los contactos entre los intelectuales estudiados han sido registrados por sus protagonistas; entre los testimonios españoles de mayor relevancia figuran: Augusto Pi Suñer, Augusto (1919) "Influencia del movimiento Argentino en las Universidades Españolas" recopilado por Cuneo, Dardo (comp.), (1978), La Reforma Universitaria, Caracas, Ayacucho, pp.155- 156 y Augusto Pi Suñer, Augusto (1919b) "Estado Cultural de España", Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, nro 6, oct. 1919, pp. 300- 322; Luis Jiménez de Asúa (1927), Luis, Política, figuras y paisajes, Madrid, Historia Nueva, y (1930) Al servicio de la Nueva generación, Madrid, Javier Morata editor; Roces Wenceslao (1926), "La reforma universitaria argentina, ejemplo en España" en Gabriel del Mazo (comp.) La reforma... op cit.; Adolfo Posada (1926), Pueblos y campos Argentinos, Madrid, Caro Regio, ed.; finalmente el intercambio de mensajes entre los estudiantes hispano argentinos fue registrado en el libro de López Rey (1930), Los estudiantes frente a la Dictadura, Madrid, Javier Morata.

[3] Siguiendo el planteo de Joaquín Brunner (1990), el movimiento de la reforma tuvo en América Latina, un papel fundamental en la consagración de los estudiantes en la categoría de intelectuales, en la medida en que sirvió de vehículo para una nueva generación mesocrática que buscaba a través de la reforma encontrar su propia identidad en medio de sociedades que hacían aceleradamente el tránsito desde la hegemonía oligárquica hacia la constelación cultural moderna. Cf. Brunner, J. Joaquín, (1990) Educación superior en América Latina: Cambio y desafíos, Santiago de Chile, F.C.E, pp. 38 y ss.

[4] En este sentido figuraron Salvador María Vila, Ángel Santos Mirat y Rafael Giménez de Siles en Madrid; José Díaz Fernández, en Gijón; José A. Satalices en Valladolid, entre otros José Serrano, en Oviedo; Manuel Ruiz Villa, en Santander; Ángel Révilla, en Lugo; Miguel González, en Málaga y José Costero y José Gutiérrez, en Zaragoza.

[5] Varios artículos hacen referencia a la falta de compromiso del estudiantado español entre los principales véase: José A. Santelices (1925), "Movimiento escolar", El Estudiante, año I, (1ra época), nro. 3, 17/05/1926, Salamanca. Para la etapa madrileña véase especialmente: "Al reaparecer", El Estudiante, año I, (2da. época), nro. 1, 07/1925, Madrid.

[6] Véase E. Alarcos (1925), "Hacia la regeneración", El Estudiante, año I, (1ra época), nro. 2, 10/05/1925, Salamanca; A.M.D.G (1925), "Libertad de enseñanza", El Estudiante, año I, (1ra época), nro. 6, 06/1925, Salamanca.

[7] Sobre las protestas estudiantiles véase el testimonio de Manuel Tagueña Lacorte (1973), Testimonios de dos Guerras, México, Oasis y el análisis de Queipo de Llano, Genoveva (1997), "La rebelión de los estudiantes y la movilización intelectual contra la Dictadura (1929)", Boletín de la Real Academia española de la Historia, t. CLXXXIV, Cuaderno II, Madrid, pp. 235- 314.

[8] Sobre las críticas a la situación española véase: Pedro Verde Tello (1925), "El canto del cisne. Intelectualismo

justificador", t. I, Año I, nro. 3, sep- oct, La Plata: Punyet Alberti (1926), "Universidad y pensamiento- La cuestión social", Sagitario, t. II, Año II, nro 6, Abril- Agosto, La Plata; "España y su embajador indeseable", Sagitario, t. III, Año III, nro 10- 12, nov.- dic., La Plata.

[9] Entre los principales artículos referidos a la cuestión social véase: González, Julio V., (1926) "Extensión universitaria", Sagitario, t. III, año II, nro. 7, oct.- nov., La Plata, 1926, pp. 29-44

[10] "Estudiantes e intelectuales", El Estudiante, año II, (2da época), 1926, nro. 6, Madrid.

[11] Juan de Antequera (1926), "Una réplica más sobre los estudiantes y la política", El Estudiante, año II, (2da época), nro. 8, 24/01, Madrid.

[12] "Lo que entendemos por estudiante", El Estudiante, año II, (2da época), 03/01/1925, nro. 5, Madrid.

[13] "Estudiantes y obreros", El Estudiante, año I, (1ra época), julio 1925, nro. 13, Salamanca.

[14] "La labor de la Escuela Nueva", El Estudiante, año I, (2da época), 27/12/1925, nro. 4, Madrid.

[15] "Las efemérides de hoy", El Estudiante, año II, (2da época), 11/02/1926, nro. 9, Madrid.

[16] "El Estudiante (Segunda época)", Sagitario, t. II, año II, nro. 5, enero- marzo 1926, La Plata, p. 296.

[17] Carlos Portantiero (1978), Estudiantes...op. cit., p. 77.

[18] Sus exponentes se reunían en el Café Savoia de Madrid, entre los más destacados figuran: José Díaz Fernández. Joaquín Arderius, Rafael Giménez Siles, José Venegas, Juan de Andrade y José Antonio Balbontín. Cf. Gómez, María Teresa (2005), El largo viaje... op. cit. p. 108. y ss. Y Queipo de Llano, Genoveva (1988), Los intelectuales...op. cit. p. 359- 360.

[19] Gómez, María Teresa, (2005), El largo viaje... op. cit. p. 108.

[20] "Política" Sagitario, t. III, año II, Nro. 7, oct.- nov. 1926, La Plata, p. 7- 8.

[21] Fuentes, Víctor (2006), La Marcha del pueblo...op. cit. p. 55.

[22] La creación del partido fue anunciada en González, Julio V. (1927), "El partido Nacional reformista" Sagitario, t. III, año II, nro. 9, sep.- oct., La Plata, pp. 442- 447.

[23] En este sentido sobresalió el accionar de Juan Antonio Balbontín; Graco Marsá y Rafael Gimenez de Siles.

[24] "España la Nueva. El Estudiante", Sagitario, t. I, año I, nro. 2, julio- agosto 1925, La Plata, pp. 253 y 254.

[25] "Significado social de la reforma universitaria", El Estudiante, año I, (1ra época), nro. 13, julio 1925, Salamanca.

[26] "América", El Estudiante, año I, (1ra. época) nro. 2, 10/05/1925, Salamanca.

[27] Verde Tello, Pedro, "El canto del Cisne. Intelectualismo justificador", Sagitario, t. I, año I, nro. 3 sep.- oct. 1925, La Plata, p. 376 y "España y su embajador indeseable", Sagitario, t. III, año III, nro. 10- 12, nov.- dic. 1927, La Plata, p. 6- 7. Más allá de su labor en la Embajada de España, Ramiro de Maeztu era ampliamente conocido en la Argentina por su trayectoria como corresponsal del diario La Prensa. La faceta periodística en dicho diario ha sido analizada por Castro Montero (2004), " 'Cartas londinenses'. Artículos de Ramiro de Maeztu en La Prensa sobre el fenómeno religioso", Fundación, VII, pp.281-292; Castro Motero (2006), "Algunas impresiones sobre la Argentina de Ramiro de Maeztu, periodista"; Temas de historia argentina y americana, Nro. 8, pp. 13-28; Castro Montero (2008), "Los viajes a Alemania de Ramiro de Maeztu", Estudios de historia de España, X, pp. 293- 310 y Castro Montero (2010), "En las trincheras. Ramiro de Maeztu, corresponsal de la Gran Guerra en la Argentina", Fundación, X, pp. 258-265.

[28] "España y su embajador..." op. cit. p. 6. Se conoce con el nombre meridiano intelectual a la polémica generada a raíz un artículo de Guillermo de la Torre publicado el 15/04/1927 en la Gaceta Literaria de Madrid en el que afirmaba que el meridiano del pensamiento hispanoamericano estaba en Madrid. Cf.. Campomar, Marta, Ortega y Gasset, en la curva histórica de la Institución Cultural Española, Madrid. Editorial Biblioteca Nueva. Fundación Ortega y Gasset, 2009. pp. 472- 481.

[29] Cosco Montaldo, J. Oscar (1926) "La juventud universitaria del Uruguay, frente a la reforma universitaria y a los problemas de América", El Estudiante, Año I (2da época), Nro 3, 20/12/1926, Madrid, p. 10- 12.

[30] "Amistad americana", Sagitario, t. I, año I, nro. 2, julio -agosto 1925, La Plata, pp. 266- 267.

[31] Sepúlveda Muñoz, Isidro (2005), El sueño de la madre patria: hispanoamericanismo y nacionalismo, Madrid, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos, 2005. pp. 401- 402.

[32] Hispano- americanismo estudiantil", El Estudiante, año I (1ra época), nro. 12, 07/1925, Salamanca.

[33] Manuel Pedroso (1925), "El único hispanoamericanismo y su actual imposibilidad", El Estudiante, año I (1ra época), nro. 10, 07/1925, Salamanca.

[34] Sepúlveda Muñoz, Isidro (1994), Comunidad cultural hispanoamericana, 1883- 1936, Madrid, UNED, pp. 108- 109.

[35] El contenido de su mensaje así como las repercusiones y adhesiones que recibió fueron recogidos por el autor en Palacios, Alfredo (1925), La Universidad Nueva, Bs.As. M. Gleizer, pp. 225- 255.

[36] "Comentario de EL ESTUDIANTE del mensaje a las juventudes de Alfredo Palacios", El Estudiante, año I, (1ra época), Nro 2, 10/05/1925, Salamanca.

Circunstancia. Año X - N° 28 - Mayo 2012

Reseñas y noticias bibliográficas

Para consultar un artículo, selecciónalo en el **menú de la derecha**.

- Germán Vera Esquivel: Introducción al Derecho Internacional del Medio Ambiente. Por Soledad Torrecuadrada García-Lozano.

Imprimir

GERMÁN VERA ESQUIVEL: INTRODUCCIÓN AL DERECHO INTERNACIONAL DEL MEDIO AMBIENTE.

Lima: Ara Editores, 2011. 277 p.

Por Soledad Torre Cuadrada García-Lozano

El libro que firma Germán Vera es, como indica Tuomas Kuokkanen en el Prologo, "una visión general sobre el Derecho Internacional del medio ambiente, con un enfoque especial a América Latina", cuya aparición se produce en el vigésimo aniversario de la Cumbre de la Tierra y el cuarentésimo de la Declaración de Estocolmo. David Hunter, en las palabras que sirven de presentación a la obra, destaca la oportunidad de la aparición de esta monografía, debido a dos aspectos fundamentales: uno, para recordar que el trabajo en materia medioambiental viene desarrollándose desde hace decenios (cuatro, para ser exactos), sin demasiado éxito debido a la falta de voluntad política de quienes son los principales contaminantes; dos, porque además el conocimiento y comprensión del Derecho Internacional del Medio Ambiente es imprescindible para su aplicación efectiva.

En esta línea de difusión del tratamiento que en el orden internacional ha merecido el medio ambiente, se enmarca la obra del Dr. Vera. Se trata de un trabajo estructurado en diez capítulos, precedidos por un Prólogo a cargo de Tuomas Kuokkanen (Profesor de Derecho Internacional del Medio Ambiente de la Universidad de Finlandia del Este y Asesor del Ministerio de Medio Ambiente de Finlandia), un Prefacio, que firma David Freestone (Profesor de la Law School de George Washington University y Profesor Emérito de la London School of Hull University) y una Presentación de David Hunter (Profesor de Derecho y Director del International Legal Studies program de la American University), además de las palabras previas del autor en las que, a modo de introducción aborda los propósitos que ha perseguido en cada uno de los capítulos.

La estructura elegida por el autor resulta equilibrada y adecuada a los fines que persigue un trabajo de estas características y propósito, se trata (como refleja su título) de una Introducción al Derecho Internacional del medio ambiente, que pretende ser un manual de la materia y no de una profundización en cuestiones concretas, de modo que han de ordenarse los contenidos con una perspectiva lógica que le permita al lector abordar los temas centrales de la materia. Así, se adopta como criterio de ordenación de contenidos la finalidad de conducirnos desde las cuestiones más generales hasta las más concretas y para ello los diez capítulos que componen la monografía se distribuyen en dos partes: una primera denominada por el autor "parte general" y una segunda, titulada "Parte especial", atendiendo a cuyo contenido es específica, pues en ella se abordan distintas cuestiones de relevancia y actualidad en el ámbito material que nos ocupa. Las dos partes son simétricas al dividirse cada una en cinco capítulos y casi también en número de páginas. En la primera de ellas, se aborda la definición del Derecho Internacional del Medio ambiente, no podía ser de otro modo, pues hemos de comenzar por identificar de modo preciso el objeto de nuestro estudio y, en este caso, considerando tanto el continente como el contenido, pues el autor no se limita a indicarnos qué entiende por Derecho Internacional del Medio ambiente, sino cual es (y por qué motivo) la correcta denominación de este ámbito material.

El capítulo segundo se centra en los actores del Derecho Internacional del Medio Ambiente, entendiendo por tales a los sujetos de Derecho Internacional, evidentemente, junto con otros entes como las ONG o las empresas o a la misma comunidad científica, en la medida en que, cada uno desempeñando el papel que le corresponde, participan en la creación de esta disciplina. Es cierto que la actividad de los Estados en lo que a la creación normativa en éste o en otros ámbitos materiales no es comparable a la que desarrollan otros actores, pero ciertamente, por activa o por pasiva, todos ellos tienen un papel protagónico en el avance de la disciplina: la comunidad científica alerta sobre los peligros, las ONG transmiten esa inquietud y pueden influir en el posicionamiento estatal; las empresas, normalmente se resistirán a los avances por la protección medioambiental, si les suponen gastos añadidos para reducir las emisiones derivadas de sus producciones. Las Organizaciones Internacionales pueden ser auspiciadoras de normas internacionales. Pero en definitiva, el éxito de todo ello depende de los Estados, no solo de la manifestación del consentimiento en obligarse por estas normas (que inevitablemente lo requieren), sino también y muy especialmente, por su voluntad política. Solo si existe la convicción de acomodar los comportamientos estatales (atribuibles al Estado directa o indirectamente) a las necesidades medioambientales, alcanzaremos el éxito, de ahí la necesidad de esa voluntad política.

El capítulo tercero se refiere a las fuentes del Derecho Internacional del Medio ambiente, que carece de particularidades en relación a las fuentes generales del Derecho Internacional, salvo por razones materiales, evidentemente. Quizá, debería en este punto haberse incorporado la referencia a los códigos de conducta u otros tipos del denominado "soft-law" que tanto inspiran esta materia. Sin embargo, el autor, con mejor criterio que el mío seguro, ha optado por evitarlo, aunque desde esta perspectiva resulta un poco complicado para un profano en el Derecho Internacional, comprender plenamente algunas consideraciones que figuran en algunos capítulos siguientes, pues cuando se refiere en el Capítulo Quinto a las Declaraciones de Estocolmo, de Río, el lector puede plantearse con qué tipo de fuente se relacionan estos instrumentos.

El capítulo cuarto desarrolla, desde mi modesto punto de vista, el contenido fundamental de esta primera parte, dado que comenzamos a visualizar los cimientos sobre los que se edifica el Derecho medio ambiental, pues se refiere a los principios. En estas páginas se recorren los que han protagonizado la materia, como el principio

precautorio, el de prevención o el de las responsabilidades comunes pero diferenciadas, junto con otros menos conocidos pero igualmente importantes, como el de buena vecindad y cooperación internacional, el desarrollo sostenible o el de soberanía sobre los recursos naturales y la responsabilidad de no causar daños transfronterizos.

El capítulo quinto, cierra esta parte general y, como su denominación indica, se centra en un recorrido histórico a través de las Cumbres en las que se ha ido elaborando el Derecho Internacional del Medio Ambiente, comenzando con la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Humano celebrada en Estocolmo en 1972, marcada como el origen del Derecho Internacional del medio ambiente hasta llegar al Periodo Post-Johannesburgo, pasando por la Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo de 1992 y la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible de diez años después. El capítulo resulta de lectura muy interesante, al tener la virtualidad de constatar la evolución y los escasos aportes (desde una perspectiva normativa) que se han ido consiguiendo en los cuarenta años transcurridos desde sus inicios.

La parte especial se centra, como se avanzó al inicio, en el estudio de cuatro cuestiones materiales de gran relevancia actual, a saber: la protección de la capa de ozono, el cambio climático, la diversidad biológica, la protección de la Amazonia y una de naturaleza más instrumental, pues en el último capítulo se estudia la jurisprudencia de la Corte Internacional de Justicia relacionada con el medio ambiente. Los capítulos que componen la parte especial responden a una misma metodología: inicialmente se identifican los problemas en presencia en cada uno de los ámbitos materiales considerados y después se pasa revista a la respuesta que ha proporcionado el Derecho Internacional. En unos casos se han aportado soluciones normativas y en otros no tanto, pero la perspectiva de análisis utilizada es la más adecuada para adentrarse en el estudio de estas cuestiones.

Por lo que se refiere al último capítulo, relativo a la jurisprudencia de la Corte Internacional de Justicia, de todos los que componen el libro es el que me resulta más familiar, no puedo ocultar en este punto que yo realicé mi tesis doctoral sobre la Corte y le guardo un gran afecto. Considero que este capítulo puede sentar las bases de un estudio posterior monográficamente centrado en él, pues algunos de los asuntos indicados por el autor, como él mismo indica, tan solo se han introducido en la instancia y queda aún tiempo para saber en qué sentido y con qué fundamento se va pronunciar la Corte. Este es un magnífico tema para seguir investigando y, me permito indicar este camino al Dr. Vera para continuar su vocación investigadora, sin abandonar su dedicación ambientalista.

La lectura de las páginas que componen esta monografía confirman que el Dr. Vera Esquivel es un referente entre los estudiosos del Derecho medio ambiental, su labor tiene muchísimo mérito debido a que no es un investigador al uso, sino que compatibiliza de modo excelente las que son sus dos grandes vocaciones: la diplomacia y la investigación. Muestra de la primera es su dilatada carrera, pues cuando nos conocimos en La Haya en el verano de 1995, él ya era un joven diplomático destinado en Holanda. De la segunda contamos con su obra publicada, a la que cada cierto tiempo se van añadiendo nuevos títulos, relación de la que, sin duda, conociendo al autor, este no será el último título.

Imprimir

Circunstancia. Año X - N° 28 - Mayo 2012

Colaboran en este número

COLABORAN EN ESTE NÚMERO

• **Luciana Carreño.** Se ha graduado como profesora de Historia en la Pontificia Universidad Católica Argentina, donde recientemente ha entregado su tesis de licenciatura sobre "La Revista Sagitario, un aporte juvenil a la red de intelectuales hispanoamericanos y españoles." Ha presentado sus trabajos de investigación sobre intelectuales hispanoamericanos en el siglo XX en distintas jornadas de estudios históricos, en el 2010 ha participado como expositora en VII Jornadas Internacionales de Historia de España a cargo Fundación para la Historia de España y en las III Jornadas sobre Reflexión y estudio sobre el Movimiento Estudiantil Argentino y Latinoamericano realizadas en La Plata. Actualmente se desempeña como miembro del equipo de investigación "Pensamiento español en la Argentina" de la Fundación José Ortega y Gasset Argentina.

• **Ángeles Castro Montero.** Licenciada en Historia por la Universidad Católica Argentina y Magíster en Historia por la Universidad Torcuato Di Tella. Docente Pro Titular en la cátedra de Historia Argentina y en la de Historia de las Ideas Políticas en la UCA. Miembro del Instituto de Historia de España de la UCA y Directora del Centro de Pensamiento Español en la Argentina de la Fundación José Ortega y Gasset Argentina. Ha publicado un libro sobre Manuel Bartolomé Cossío, capítulos en obras colectivas y artículos en revistas académicas argentinas y españolas sobre el krausismo español y los intelectuales españoles en los medios periodísticos argentinos de la primera mitad del siglo XX.

• **Mercedes Monteiro Martins.** Profesora en Historia por la Universidad Católica Argentina y miembro del equipo de investigación de la Fundación José Ortega y Gasset Argentina.

• **Verónica Zumárraga.** Estudios de doctorado en el Departamento de Filología Española, Lingüística General y Teoría de la Literatura, y obtuvo el título de Doctora por la Universidad de Alicante con calificación Sobresaliente "Cum Laude". En 2010 la misma universidad publicó un resumen de su tesis con el título El jornalero de la pluma. Los artículos de Azorín en "La Prensa". Próximamente la colección Norte Crítico de la misma editorial publicará una selección a su cargo de cien artículos de Azorín publicados en ese diario de Buenos Aires entre 1916 y 1936. Dentro de la Fundación Ortega Argentina integra el equipo de investigación que desarrolla el programa "Intelectuales españoles en la Argentina. De la Patriótica y la Institución Cultural Española al exilio (1900-1950)". Ha publicado diversos estudios sobre narrativa española contemporánea y se dedica a la enseñanza.

Imprimir

Circunstancia. Año X - N° 28 - Mayo 2012

Normas para el envío de originales

NORMAS PARA EL ENVÍO DE ORIGINALES

1. Los trabajos que se envíen a Circunstancia han de ser originales, inéditos y no sometidos a su evaluación o consideración en ninguna otra revista o publicación.
2. La extensión total de los trabajos no deberá exceder de 20 páginas (10.000 palabras) en formato Word (Verdana, 10) a doble espacio, incluyendo cuadros, gráficos, mapas y referencias bibliográficas.
3. Los gráficos y cuadros se limitarán al mínimo imprescindible.
4. Cada artículo deberá ir precedido de una página que contenga el título del trabajo y el nombre del autor o autores, junto con su dirección, e-mail y teléfono, así como un breve currículum del autor o autores (no más de 10 líneas). En página aparte se incluirá también un breve resumen (abstract) del trabajo de unas 150 palabras y una lista de palabras clave (keywords), con no más de 8 términos. Tanto el resumen como la lista de palabras clave deben tener una versión en español y otra en inglés.
5. Las notas y referencias bibliográficas irán al final del artículo bajo los epígrafes correspondientes: Notas y Referencias bibliográficas. Estas últimas estarán ordenadas alfabéticamente por autores siguiendo el siguiente criterio: apellido y nombre (en minúsculas) del autor o autores, año de publicación (entre paréntesis y distinguiendo a, b, c, en caso de que el mismo autor tenga más de una obra citada en el mismo año), título del artículo (entre comillas), título de la revista a la que pertenece el artículo (en cursiva o subrayado), lugar de publicación (en caso de libro), editorial (en caso de libro), número de la revista, y páginas (xx-yy, en caso de un artículo de revista o de una contribución incluida en un libro). Cuando se trate de artículos o libros traducidos y se cite de acuerdo con la traducción, el año que debe seguir al nombre del autor será el de la edición original, en tanto que el año de la versión traducida figurará en penúltimo lugar, justo inmediatamente antes de la referencia a las páginas. Las referencias bibliográficas que aparezcan en el texto o en las notas deberán hacerse citando únicamente el apellido del autor o autores (en minúsculas) y entre paréntesis el año y, en su caso, la letra que figure en las Referencias bibliográficas, así como las páginas de la referencia.
6. Los cuadros, gráficos y mapas incluidos en el trabajo irán numerados correlativamente, incluyendo además su título y fuente. Si el cuadro o gráfico se ha realizado en Excel deberá ser importado al texto en forma de imagen.
7. El formato de texto no incluirá ni encabezado ni pie de página.
8. Las reseñas y noticias bibliográficas ocuparán un máximo de 3000 palabras.
9. Los trabajos se enviarán a la siguiente dirección de correo electrónico: circunstancia@fog.es. El Consejo de Redacción acusará recibo de los originales, pero no se compromete a mantener correspondencia sobre los mismos salvo cuando sean aceptados o hayan sido expresamente solicitados. Una vez evaluados los textos originales, se resolverá sobre su publicación en un plazo no superior a cuatro meses desde la recepción. Circunstancia se reserva, cuando se estime conveniente, el derecho de introducir mínimos cambios de estilo respetando siempre el sentido del texto.

Imprimir